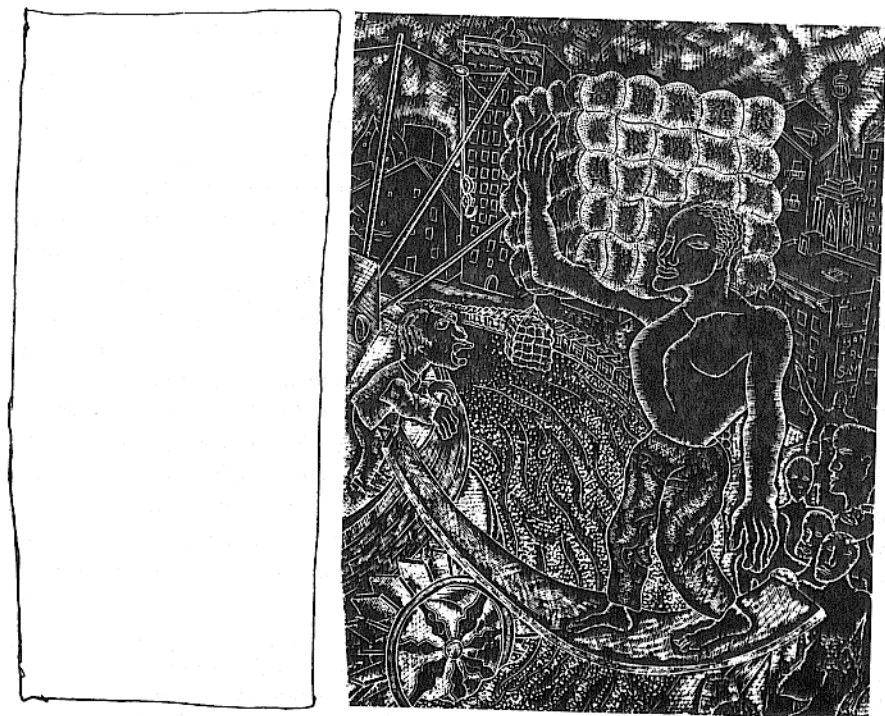


**LA IDEOLOGIA DEL TRABAJO
Y LA FORMACION DE
LA CONCIENCIA:
NOTAS PARA EL DESARROLLO DE
UN OBJETO DE ESTUDIO**

MARIA M. LOPEZ-GARRIGA



LA IDEOLOGIA DEL TRABAJO Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA: NOTAS PARA EL DESARROLLO DE UN OBJETO DE ESTUDIO

*M.M. López-Garriga, Ph.D.**
Maritza Vázquez
Sandra Macksoud

Una de las preguntas que insistentemente han sido formuladas por los científicos sociales ante el problema de la explotación es la de por qué los trabajadores no se rebelan ante su condición de opresión. Se preguntan en repetidas ocasiones qué factores explican la falta de organización y acción colectiva por parte de los trabajadores. Generalmente, la respuesta que se ofrece vagamente es la de que no existen o no se han dado las condiciones objetivas que posibiliten la movilización y el cambio. Si bien es cierto que el estudio de las condiciones históricas y el análisis de la infraestructura necesitan de una reflexión seria, también es necesario estudiar los factores subjetivos involucrados en la contextura misma de las relaciones sociales de producción.

En este sentido, autores como Ehrenreich y Ehrenreich (1976) discuten las predicciones hechas por Marx de que el desarrollo de las fábricas, donde se agruparían grandes números de personas que tendrían la oportunidad de observar lo común de su destino y que compartirían sus dificultades, generaría una conciencia de la explotación de clase de la que son objeto. Los autores señalan que esta predicción no se ha realizado y pasan a enumerar las razones para ello. Entre éstas hace énfasis el rol de la tecnología, la fragmen-

* María M. López-Garriga es Catedrática Asociada del Departamento de Psicología, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Maritza Vázquez y Sandra Macksoud son actualmente estudiantes del programa de maestría de Psicología Social-Comunitaria de la Universidad de Puerto Rico.

tación de las tareas de los/las trabajadores/as, la distribución de las tareas en un espacio y tiempo que coarta las posibilidades de interacción social entre los/las trabajadores/as, los sistemas de mérito y las nuevas técnicas de supervisión y control. En vista del surgimiento de estos factores, es preciso que los científicos sociales re-examinen las premisas tradicionales en cuanto al trabajo y la conciencia. No basta asegurar de forma mecánica que el surgimiento de las condiciones materiales traerá unas nuevas formas de conciencia a las masas trabajadoras. Es necesario generar nuevas ideas a la luz del desarrollo de los medios de producción y el control que les asegura su continuidad.

Este trabajo¹ tiene como objetivo el estudio de la formación de la subjetividad en el contexto de la participación de las personas en los procesos sociales de producción. Este artículo se presenta como parte de un proyecto más amplio que tiene como objetivo la construcción de unas bases teóricas y metodológicas para el análisis de la relación de los discursos de los/las trabajadores/as en cuanto a su quehacer en el trabajo asalariado, con énfasis en las condiciones materiales que les presenta el trabajo, la opresión como producto social y las codificaciones de una ideología dominante expresadas mediante los significados y el lenguaje que van dirigidos a encubrir y a negar las contradicciones entre las condiciones de opresión de la experiencia y las prácticas que incorporan la ideología dominante. El entendimiento de cómo ocurre esta dominación deberá facilitar el reconocimiento de estos elementos, su rechazo y su transformación tanto en cuanto a las condiciones materiales como en cuanto a la creación de una nueva subjetividad y al fortalecimiento del ser individual.

Hasta ahora la psicología no ha puesto énfasis en estas áreas y se ha limitado a legitimar la separación entre los mundos público y privado; entre la esfera del trabajo y la esfera de la vida personal. La psicología ha pretendido explicar la vida personal al margen de los determinantes de la producción. De esta forma ha oscurecido, antes que aclarado, los orígenes de mucho de lo que se experimenta como "infelicidad privada".

Sugerimos que al romper conceptualmente con esta dicotomía, podremos observar la relación recíproca entre ambas esferas. Esta comprensión deberá permitirnos estudiar y presentar de forma organizada:

- a) las posibilidades de reconocimiento del problema de la explota-

¹ Este trabajo es parte de una investigación más amplia donde como situación concreta para abordar el estudio del proceso ideológico y el desarrollo de la subjetividad en el contexto del trabajo, tomamos la experiencia de un grupo de profesionales de ayuda en Puerto Rico y los discursos que ellos articulan como trabajadores ideológicos en la reproducción de las divisiones de clase. Dicha investigación fue patrocinada por la Oficina de Coordinación de Estudios Graduados e Investigaciones (OCEGI) de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Queremos agradecer la colaboración de Ruth Silva de Bonilla, Wenceslao Serra, Lourdes González, Heidi Figueroa y José Garriga por su revisión y comentarios a este escrito.

- b) la identificación de las contradicciones que se observan en la vida cotidiana que impiden la captación de la relación entre la explotación de clase y la miseria o felicidad personal
- c) las formas y estructuras de resistencia psico-social a la opresión y su expresión en la vida cotidiana
- d) la ubicación y participación de los distintos sectores del trabajo en la reproducción material e ideológica del orden social
- e) las posibilidades de acción colectiva y participación en proyectos de transformación social e individual desde el centro de trabajo

En este artículo presentaremos, de una parte, una crítica a las formas en que la psicología ha tratado el tema del trabajo. Por otra parte, queremos examinar la importancia del trabajo como formador de la conciencia humana. Dicha elaboración representa un esfuerzo de integración conceptual de áreas antes desvinculadas en las ciencias sociales. Intentamos recoger de diferentes disciplinas, los elementos para una reestructuración del estudio del trabajo. En este primer artículo queremos sentar las bases de un esquema conceptual que nos guíe en el análisis de la participación de los diferentes sectores de la clase trabajadora en reproducir o transformar sus condiciones de vida.

El trabajo como actividad humana resume e integra dos cualidades únicamente humanas. Por un lado, la capacidad individual para la acción, es decir, la dimensión de creación personal que la actividad del trabajo posibilita. Por otro lado, el trabajo se presenta como escenario, como punto de enlace o reunión de diferentes individuos. Desde ambos puntos de vista, el trabajo representa una especie de denominador común entre los seres humanos.

Como escenario o actividad formativa, la actividad productiva es un tipo de actividad especial que resume, produce, reproduce, puede modificar o contradecir las relaciones interpersonales que se generan y desarrollan en el marco social más amplio. Aquí comenzamos a delinear su importancia como objeto de estudio que ubica y resume rasgos esenciales de la vida social. Acción individual, relaciones sociales en torno al proceso de producción, mitos, ritos, mecanismos de control social, las contradicciones que pueden surgir en niveles más amplios de la estructura social se agudizan en la situación social del trabajo.

En este escrito suscribimos la idea de que el estudio del trabajo es una manera de comprender las condiciones y situaciones sociales e históricas más amplias. El proceso del trabajo hace necesario que el individuo se envuelva en su totalidad subjetiva, sin que exista razón alguna para separar ésta de consideraciones sociales y objetivas, puesto que estas últimas son los aspectos vitales que le dan forma y contenido. Esta perspectiva aparece

obviada cuando se separa la noción de trabajo —la acción productiva concreta, realizada de día a día— de lo que se denominan variables subjetivas; el amor, las expectativas, los deseos, las actitudes, la satisfacción (Sarason, 1977). Sostenemos que la noción del trabajo es mucho más amplia; que integra la subjetividad y objetividad propias en un proceso dialéctico, de oposición continua.

La satisfacción del trabajador con su trabajo no está separada de la acción misma. El trabajo, lejos de ser un objeto desvinculado, es un mecanismo de control y de reproducción de las relaciones sociales más amplias. Tanto ideológica como conductualmente, el trabajo representa el punto de enlace de la subjetividad y de lo que es dado llamar la objetividad. Esto que llamamos "significados personales", concepto subjetivista por excelencia, es creado y recreado en las interacciones personales que la instancia del trabajo posibilita.

En los pasados cien años los trabajadores han resistido y resentido en grado creciente la concepción de que son "sólo" trabajadores, de que su valor reside en lo que hacen y producen (Sarason, 1977). Todo aquello que necesitan, desean y esperan de su trabajo está falto de pertinencia... apenas debilidades personales. De ahí que, en lugar de separar el trabajo de la esfera vital del individuo, es necesario ubicarlo y estudiarlo en su calidad de transformador de la subjetividad y de las relaciones sociales de la colectividad. El trabajo es algo más que lo que los individuos hacen y las operaciones mentales concomitantes. La experiencia del trabajo es indisolublemente parte de las experiencias de "no-trabajo".

A lo largo de este escrito presentaremos: una sección que resume una selección de la literatura sobre el trabajo para luego pasar a definir las características del trabajo alienado en la sociedad capitalista, así como su impacto en la ideología particular del trabajo. Posteriormente, se discute la relación entre el trabajo y la "vida privada" para concluir con una reflexión sobre la formación de la subjetividad. La totalidad debe ser vista como una propuesta para la reestructuración del trabajo como objeto de estudio.

Los psicólogos ante el tema del trabajo

A partir de la revisión de literatura que se presentará en estas páginas, se intentará demostrar que la psicología ha presentado una visión estática del mundo del trabajo. Sus investigaciones y metodología han dividido en pequeños apartados la experiencias y las relaciones sociales que se generan en el mismo para presentar elementos aislados. Se han obviado las contradicciones; se ha transformado el objeto de estudio en algo abstracto, ideal, que difícilmente podría ser considerado como reflejo de la realidad. La actividad productiva ha sido percibida y tratada como un apéndice de la actividad individual. Cuando el trabajo ha sido estudiado como escenario de relacio-

nes sociales, ha sido para cuantificar de manera externa el efecto del mismo en unos aspectos predefinidos de la individualidad. De esta manera queda establecido que la individualidad es un elemento o fenómeno autocontenido que sufre leves modificaciones en el ambiente del trabajo. La actividad productiva y la ideología que la rodea no han sido percibidos como formadores o reproductores de la individualidad, obviándose así la función social del trabajo.

La actividad productiva, la labor concreta y las relaciones sociales de producción han quedado reducidas a categorías intrapsíquicas. El trabajo se percibe como externo al sujeto y por ende, carente de mayor importancia para la psicología.

La metodología tradicional en la psicología ha separado el objeto-trabajo concreto, labor específica del sujeto-trabajador. La base de la metodología tradicional es la experimentación. Con ella, se separan los elementos que aparecen fundidos de maneras complejas en la realidad, para someterlos a procesos de manipulación, control y medición. Posteriormente se supone que han de ser encontradas las reglas mágicas de su relación. Esto resulta en un proceso abstracto y artificial que implica colocar en moldes preconcebidos y estrechos aspectos que son muchas veces contradictorios en sí mismos (Harris, 1974). El complejo fenómeno del trabajo ha quedado compartamentalizado en elementos aislados y hasta ahora no se ha encontrado la manera de explicar y entender las relaciones entre éstos.

Apunta Sarason (1977) que tanto con relación al tema de la inteligencia como al del trabajo, la literatura, sobre todo luego de la segunda guerra mundial, muestra la tendencia a captar la "esencia" de la inteligencia o de la ejecución en el trabajo, eliminando todos los factores internos o externos que irrumpen en esa esencia.

Es como si estos factores fueran "ruido"... En el espíritu de la experimentación del laboratorio, la meta era aislar y estudiar el fenómeno que se deseaba observar. Una vez hecho esto, entonces se decidía cómo alterar o mejorar la esencia. La posibilidad de que el fenómeno nunca existió en realidad en la forma estudiada, o que no podría existir en realidad en esa forma, o que el "ruido", lejos de ser ruido, era parte importante del fenómeno, no fue considerada seriamente. O aun más precisamente, si tales posibilidades fueron reconocidas, en escasas ocasiones se reflejó en lo que los investigadores hicieron. (Sarason, 1977 p. 16-17, traducción nuestra)

De acuerdo al autor, cualquier concepción del trabajo que se restrinja principal o exclusivamente a lo que las personas hacen y a las operaciones mentales concomitantes, simplemente no puede captar la complicada experiencia del trabajo. Estas prioridades se encuentran reflejadas en la metodología para el análisis de cuerpos de datos descriptivos y de procesos cognoscitivos. Marie Jahoda (1981) por ejemplo, señala que a pesar de una

cantidad notable de investigaciones, es evidente la falta de un orden y de una coherencia teórica en el estudio de las variables asociadas al trabajo. Apunta la autora que esta situación se hace crítica en un momento en que se debaten apasionadamente los problemas de empleo y desempleo y cuando los científicos sociales norteamericanos tienen poco insumo en el debate. Sin embargo, su tratamiento del tema, no logra superar las deficiencias a las que alude. Luego de un minucioso examen de la literatura, concluye que a pesar de los reclamos de algunos investigadores sobre el carácter alienante del trabajo en nuestra sociedad, las personas prefieren tener algún trabajo a no tener ninguno. Para demostrar este punto, la autora cita los estudios realizados sobre el desempleo y las amas de casa. En ellos se demuestran los efectos devastadores del "no trabajar afuera". La noción del trabajo que emerge del artículo de Jahoda se sustenta en una concepción universalizante, abstracta e intrapsíquica de la necesidad de trabajar. Ella subraya la necesidad del ser humano de trabajar para "mantener un vínculo con la realidad y un contacto con lo que pasa en el mundo". Esta manera de comprender el trabajo oscurece la comprensión del fenómeno y legitima la presente estructura de producción. Se percibe el trabajo como necesidad psicológica de mantenernos en contacto con la realidad. De esta manera se invierte la relación causal entre necesidades individuales y necesidades sociales.

Es interesante, sin embargo, confirmar a través de las nociones que presenta la autora que cuando la psicología ha mirado el tema del trabajo lo ha convertido en una variable más de insumo en la estructura psíquica del ser humano. El ejemplo de la autora sobre los efectos del no trabajo de las amas de casa consigna la inversión ideológica del concepto del trabajo en manos de los científicos sociales.²

Para documentar esta inversión ideológica por parte de la psicología, hemos realizado una revisión de literatura publicada en algunas de las principales revistas norteamericanas en los pasados cinco años. López-Garriga y Garriga-Picó (1981) señalan que en primer lugar están las investigaciones relacionadas a los factores del trabajo asociados a un sentido de satisfacción con la tarea que se realiza, encontrándose que la mayor parte de las investigaciones caen bajo esta categoría.³ En segundo lugar, los autores

² La inversión ideológica, en este caso, consiste de la negación del valor del trabajo doméstico femenino como socialmente necesario para la reproducción de las fuerzas productivas. Aparece como "trabajo" solo aquel que se realiza en la esfera de lo "público". Se presenta a las amas de casa como seres improductivos que necesitan de un empleo asalariado para mantener su estabilidad psíquica. Se oculta la explotación del trabajo doméstico y se realiza la urgencia psíquica de participar en el "verdadero mundo del trabajo", la esfera pública.

³ Saal, 1976; López, 1977; Dreher, 1977; Mount, 1977; Motamedi, 1974; Nevas, 1977; Shrey, 1976; Butler, 1977; Milliken, 1977; Thomas, 1977; Morgan, 1977; Bousley, 1977; Aune, 1977; Taylor, 1977; Weaver, 1978; Dubin & Champoux, 1977; Kettering M.H., 1977; Smith, 1977; Seybolt, 1976.

encuentran los estudios en torno a los rasgos de personalidad de los trabajadores y su impacto sobre la productividad en el trabajo.⁴ En esta categoría se examinan variables tales como la motivación de logros, la dependencia del campo, las necesidades de autorealización, los valores, las creencias, las actitudes y los intereses de los individuos para determinar cómo estos elementos afectan la ejecución individual.

La literatura en el área de la satisfacción con el trabajo que mencionáramos en primer lugar, tiene un método más o menos uniforme. Este consiste en el desarrollo de cuestionarios que miden dimensiones de la tarea: incentivos, paga, logros, estilos de supervisión y toma de decisiones, entre otros. De la información que se deriva de los cuestionarios se obtiene un índice de satisfacción o insatisfacción que se presenta como resultado de las diferentes dimensiones de la tarea. Se examinan además, diferencias en niveles de satisfacción de acuerdo a variables tales como sexo, raza, edad, estado civil y otras. Los hallazgos más sobresalientes son por ejemplo, que a mayor participación del trabajador en los asuntos relacionados al trabajo, mayor el nivel de satisfacción informado, que el horario flexible tiende a ser un factor que aumenta significativamente los niveles de satisfacción informados (Tripp, 1977) y que el factor que está más asociado con la satisfacción del trabajador es el logro mismo dentro del trabajo (Morgan, 1977). Es decir, la consideración de mayor peso al evaluar la satisfacción con el empleo parecen ser los logros obtenidos en el empleo mismo. Otros factores tales como el estatus, la eficiencia, las relaciones con los subordinados y el progreso no logran alcanzar niveles de significación en los estudios revisados. De igual forma, las mayores insatisfacciones tienden a estar asociadas con el contexto del trabajo, las condiciones y las políticas administrativas desde las que se opera.⁵ Estos datos parecen indicar que la tarea del psicólogo social es más productiva cuando enfoca las condiciones materiales del trabajo que cuando elabora esquemas psicológicos sobre las personas que trabajan en ellos.

Se han señalado problemas teóricos y metodológicos de considerable envergadura en esta categoría de investigaciones. Por un lado, se carece de un marco conceptual dentro del cual las satisfacciones e insatisfacciones en el trabajo deban ser entendidas. El único intento notable en este sentido es la Teoría Motivacional de Herzberg. Por otra parte, los estudios descansan casi exclusivamente en el uso de escalas y cuestionarios. Como resultado de las repetidas críticas de validez, confiabilidad, sesgos de clase y etnia, se debili-

⁴ Oldman, Hackman y Pearce, 1976; Oldman, 1976; Kramer, 1977; Kazonas y Morrison, 1977; Rim, 1977; Mistry, 1977; Phaoke y Kulkarni, 1977; Schlichting, 1977; Kuiper, 1976; Mullen, 1976, y Knowles, 1977.

⁵ Blaser, 1976; Sigmon, Kusunoki, Cho y Uchikawa, 1977; Biddle y Hulston, 1977; Berheide, 1976; Weinroth, 1977; Tripp, 1976; Perrault, 1976; Long, 1978; Rousseau, 1978; Schesta, 1975; Macke, 1976; Wagner, 1976; Kane, 1977; Cohn, 1977; White, 1977; Thorson, 1977.

tan considerablemente las conclusiones que puedan derivarse de estos estudios. Taylor (1977) señala que los resultados de la mayor parte de los cuestionarios dan la impresión de unos trabajadores contentos y satisfechos, mientras en otras ocasiones los mismos expresan un gran sentido de frustración y enajenación en el trabajo (Barter, 1978; Cromwell, 1980; Brown, 1977; Braverman, 1977; Kumar, 1978). Además, el área del estudio del trabajo parece ser una en donde los elementos de deseabilidad social en las contestaciones a cuestionarios y escalas deben considerarse como de la mayor importancia.

El segundo tipo de investigación, que se orienta hacia el análisis de los rasgos de personalidad de los trabajadores, merece otra breve reflexión crítica. En esta categoría, el procedimiento más común es el uso de inventarios de personalidad. Luego, se establecen correlaciones entre las puntuaciones obtenidas en ellos y factores tales como motivación en empleo, ausentismo, satisfacción en el empleo y el valor y significado que los trabajadores le atribuyen a su empleo. Entre los rasgos de personalidad que se estudian con más frecuencia se encuentran la autoestima, la pasividad, la agresividad, la espontaneidad, la dependencia del campo, la autoaceptación, el altruismo y la necesidad de logros. Mistry (1977) por ejemplo, realizó una investigación donde comparaba diversos rasgos de personalidad entre los aspirantes, los estudiantes y los profesionales de la tecnología médica. El autor señala las diferencias y similitudes entre los grupos y observa la aparición, el aumento y la disminución de los rasgos en los diferentes grupos de la muestra.

Debe notarse que los resultados obtenidos usando este enfoque no han arrojado datos significativos. No se encuentra ninguna característica de personalidad que surja en la literatura revisada como determinante bien sea de éxito, de fracaso o de mayor productividad. Sin embargo, resulta interesante que constituya un área de tanto interés para los investigadores. Es en este tipo de estudio donde se observan más las explicaciones de índole "psicologista". No es nuestra intención negar aquí las diferencias individuales, ni las formas en que éstas se reflejan en el trabajo de una persona. Sin embargo, el énfasis excesivo en éstas constituye un enfoque que distorsiona los determinantes de mayor importancia en el trabajo.

Estas limitaciones, tanto teóricas como prácticas, no hacen sino reflejar lo que muchos llaman la "crisis" de la psicología. Aun cuando la razón de ser de la disciplina, su objeto amplio de estudio es la comprensión y el entendimiento del individuo humano, es evidente la falta de una teoría adecuada del individuo (López-Garriga, 1981; Díaz-Royo, 1980). La carencia de un marco conceptual claro y coherente, capaz de describir y analizar los procesos de formación y desarrollo de las personas y sus concepciones del mundo, se impone como característica sobresaliente de la psicología.

La falta de eficiencia y pertinencia de muchos de los datos y modelos de la

psicología se presentan como el resultado lógico de las concepciones universalizantes y abstractas del ser humano. Encontramos descripciones y análisis sin anclaje en el momento histórico ni en las condiciones objetivas particulares dentro de las que se producen las acciones y procesos humanos (López-Garriga, 1981). Las dimensiones de tiempo y lugar aparecen borradas de los análisis psicológicos, suspendiéndose los mismos en una especie de limbo conceptual.

Para superar estas limitaciones, tanto de la psicología en general como del área del estudio del trabajo en particular, se propondrán al final del artículo algunas notas en torno al rescate de una teoría materialista de la subjetividad. Esta, sostenemos, debe partir de la comprensión del individuo como ser concreto, en una formación social dada. En el caso particular del trabajo, la comprensión de la subjetividad debe estar precedida por una comprensión de las características del trabajo asalariado en la sociedad capitalista y hacia eso se dirige la próxima sección.

La alienación del trabajo en la sociedad capitalista

La experiencia del trabajo constituye una actividad productiva que realizan los individuos como parte de los procesos de producción material para la existencia. Vincula al trabajador con una totalidad social más amplia de la cual es a su vez creador y producto. Es necesario entonces, al formular el análisis de la dimensión psicológica del trabajo, ubicar dicha experiencia en el contexto de la formación social particular en la cual se desarrolla históricamente, examinando su dimensión colectiva, es decir, la red de relaciones (intra- e interclase) de la cual no puede ser desligado.

Desde esta perspectiva es que adquiere un nuevo significado la experiencia del trabajo —representando la actividad fundamental en la vida individual y por tanto en la sociedad, y no un mero evento externo hacia el cual sentimos satisfacción o insatisfacción. La capacidad para la actividad productiva es lo que define nuestra naturaleza humana al permitir llenar las necesidades materiales mediante un proceso de transformación de los objetos de acuerdo a los esquemas mentales formulados con el fin de crear un nuevo producto. La transformación ocurre en forma dialéctica —el trabajador imprime su huella humana sobre los objetos y a la vez, al enfrentarse al proceso de producción y al producto se genera una transformación en el trabajador.

Como hemos señalado, esta actividad productiva no es un fenómeno que se reduce a los individuos aislados, es una práctica social, imposible sin la interacción con otros. No sólo envuelve una relación con la naturaleza, implica necesariamente el vínculo entre los individuos y grupos. A partir de este vínculo es que se organiza lo que Marx llamó las relaciones de producción, que a su vez, conllevan el desarrollo de una estructura social con sus

diferentes momentos —económico, político, ideológico y cultural. Estas condiciones son las que proveen el marco o los límites para la realización de los individuos y estos revierten su acción sobre las condiciones primarias reproduciéndolas o transformándolas.

Nuestro interés inmediato consiste en estudiar la experiencia del trabajo tal y como se da actualmente en Puerto Rico. Las relaciones de producción existentes están basadas en el modo de producción capitalista colonial que surge con la división de la sociedad en dos clases fundamentales: clase burguesa compuesta por los dueños de los medios de producción y los productos y por otro lado la clase trabajadora que agrupa a los que realizan la producción bajo el dominio de la clase burguesa. A través del sistema de trabajo asalariado, se asegura la producción de las mercancías, mediante la explotación, estructurando la actividad productiva de tal forma que el trabajador no puede manifestar ni desarrollar su capacidad. Por el contrario su trabajo se vuelve instrumento de opresión y deshumanización.

El concepto marxista de alienación es clave para entender la naturaleza del trabajo en las sociedades capitalistas. Bowles y Gintis lo expresan de la siguiente manera:

En particular, las relaciones sociales del trabajo en sociedad serán alienadas si los determinantes sociales de los trabajos y el desarrollo histórico de la fuerza social del trabajo no reflejan las necesidades individuales, expresadas en decisiones individuales y colectivas de aquellos quienes realizan los trabajos, dentro de los límites impuestos por las tecnologías actual y potencialmente a mano. (Bowles y Gintis, 1976:12)

Según la concepción marxista (Ollamn, 1973; Mandel 1980) la alienación en la sociedad capitalista se manifiesta en diversas dimensiones. La principal fuente de la alienación es que los medios de producción están en manos privadas, lo cual obliga al trabajador a vender como mercancía su fuerza de trabajo por un salario para subsistir. Como consecuencia, el trabajador se ve alienado del proceso de trabajo ya que no ejerce poder sobre lo que va a producir ni sobre cómo lo va a producir. Estas decisiones son tomadas por quienes controlan los medios de producción. Marx describe cómo el trabajador experimenta esta alienación:

Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo y en el trabajo (se siente) fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja, y cuando no trabaja está en lo suyo. Su trabajo no es así voluntario, sino forzado. Por eso no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo. (Marx, 1974:109)

El producto de su trabajo no le pertenece al trabajador para su consumo inmediato, ni para disponer de él según sus intereses sino que es apropiado

inmediatamente por el capitalista, constituyéndose otra forma de alienación. Sobre esto señala Marx que:

...el trabajador se enfrenta al producto de su actividad como algo extraño... si el producto del trabajo es la enajenación, la producción misma es la enajenación de la actividad, la actividad de la enajenación. (Marx, 1974:108)

El trabajo en la sociedad capitalista está estructurado de tal forma que se aliena a los trabajadores entre sí, ya que sustituye la cooperación y la solidaridad por la competencia y el aislamiento. También aliena a los trabajadores de los capitalistas como seres humanos puesto que los coloca en posiciones con intereses opuestos. Finalmente, se menciona la alienación del trabajador de la especie humana al negársele la libertad de desarrollar sus capacidades como ser histórico.

Según señalan Braverman (1974) y Campos y Bonilla (1976) con el desarrollo de la especialización y la tecnología en el capitalismo el obrero es cada vez más una especie de apéndice de las máquinas. La participación humana en el proceso de producción es cada vez más fragmentada y enajenada, borrando en gran medida las posibilidades de participación creadora por parte del trabajador. El desarrollo tecnológico permite un mayor control de los trabajadores a la vez que asegura una mayor ganancia para los capitalistas, ya que se explota al trabajador en un modo más intensivo.⁶ Señala Marx que hay una relación inversa entre ganancia y salario:

Que si el capital crece rápidamente, pueden aumentar también los salarios, pero que aumentarán con rapidez incomparablemente mayor las ganancias del capitalista. La situación material del obrero habrá mejorado, pero a costa de su situación social. El abismo social que le separa del capitalista se habrá ahondado. (Marx, 1974:98)

El salario viene a ser una nueva forma de esclavizar al trabajador "libre" —una forma más efectiva y lucrativa para las clases dominantes. Marca la forma de vida en el sistema capitalista —el trabajo como proceso degradado (Braverman, 1976), ha avanzado la alienación de los individuos en general. Se extiende a las esferas llamadas no productivas, por ejemplo, en la vida privada se ha creado una cultura del consumo (Ewen, 1976) que aliena al individuo en el proceso de satisfacción de las necesidades.

El foco de interés de este análisis es examinar la alienación en la dimensión subjetiva de la experiencia del trabajo. La práctica humana se compone

⁶ Estos cambios están vinculados a la transformación en las formas de extracción de plusvalía y por otro lado como respuestas a las luchas de los trabajadores que obligan a cambiar las formas de explotación.

de la interacción dialéctica de elementos objetivos y subjetivos. A la misma vez que se participa en los procesos materiales de producción en forma alienada, se está envuelto en el proceso de significación dominado a través de la ideología hegemónica. Para explicar la forma en que los trabajadores reproducen las condiciones sociales al nivel de la conciencia Marx utiliza el concepto de fetichismo. Los objetos productos de la actividad humana son vistos como entidades con vida propia, como si fueran las mercancías las que determinarían el sistema de producción, ocultando de este modo el carácter histórico y las relaciones sociales que determinan esas mercancías. Un ejemplo concreto de cómo se da esta inversión de la realidad, es el salario. El salario así como el precio de las mercancías y el capital son valores sociales correspondientes a determinadas relaciones de producción a base de la explotación y no indicadores objetivos de unos valores abstractos.⁷ Sin embargo, lo segundo es lo que prevalece en la concepción hegemónica del salario —una medida del valor del trabajo como una mercancía más. Para el trabajador se vuelve el objetivo de su trabajo, quien trabaja no para desarrollarse, ni como una contribución social sino porque se obtiene un salario que le permite la adquisición de bienes para llenar sus necesidades. Se desconecta el salario del contenido del trabajo —las luchas de las clases trabajadoras, sin restarle la importancia que tienen, se han concentrado en los aumentos de salario sin problematizar otros aspectos opresivos de su trabajo.

En la siguiente sección analizaremos las formas más específicas en que se manifiesta el proceso de alienación en la dimensión subjetiva del contexto del trabajo en la sociedad capitalista. Allí tratamos de recoger las instancias que reflejan la ideología hegemónica así como las resistencias que se levantan contra la alienación.

La ideología particular del trabajo

El objetivo de esta sección es examinar las ideas sobre el trabajo y sobre los individuos que se desprenden de la participación de las personas en el trabajo asalariado, así como las formas en las que el mundo del trabajo produce y organiza una definición de lo aceptable como subjetividad humana, lo que a su vez posibilita la reproducción del orden social amplio y las características individuales que lo hacen posible.

La ideología particular del trabajo describe un conjunto de ideas y prácticas individuales y colectivas que presentan una moralidad afín a la perpetuación del orden prevaleciente. Esta moralidad varía según las necesi-

⁷ El salario no representa el valor social del trabajo, sino el costo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo. Es solo una fracción de lo que produce el trabajador, la mayor parte es apropiado como ganancia para el capitalista.

dades específicas del orden social que la sostiene.

Wrightsmann (1972) nos habla en un texto básico de psicología social de los cambios en la concepción del "hombre moral" en diferentes momentos de la historia. Señala cómo en el siglo V, San Agustín presenta una equivalencia entre el hombre moral y el hombre natural. La moralidad se ve como concomitante a la naturaleza humana, de modo que lo moral era la expresión de lo natural y lo inmoral el coartar esa naturaleza. Ya para la Edad Media esta definición había sido sustituida por la concepción de moralidad que se encarna en el asceta. El hombre que "se retira del mundo"; que mortificando la carne logra superar sus urgencias animales, pasa a ser el parangón de la moralidad. Con la reforma protestante y el advenimiento del mercantilismo, la definición de moralidad sufre otra transformación. Esta va a estar en función de la dedicación al trabajo. Al antes asceta meditabundo se le mirará con sorna y al hombre dedicado al trabajo, que logra acumular bienes materiales, se le admirará como recompensado por Dios. El trabajo más contundente en esta área, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber, subraya el desarrollo de una ideología religiosa que fomenta las actitudes necesarias para el crecimiento económico de la época.

Sería interesante especular sobre la definición de la moralidad en nuestro tiempo. Autores como Christopher Lasch (1979) y Edwin Schur (1976) han caracterizado el período señalando la naturaleza narcisista de la actual cultura occidental y su énfasis en la búsqueda de la libertad y el significado en la individualidad. La autorealización en nuestra época se propone fundamentalmente al margen del trabajo.

Lasch analiza el desarrollo de la ética del trabajo desde los inicios del capitalismo hasta el presente. La ética puritana del trabajo, denominaba el trabajo como un fin en sí mismo, con la eficiencia y la productividad pasando a ser sinónimos de moralidad. El ideal de la persona era el cultivo intelectual y el mejoramiento como individuo a través del trabajo. Sin embargo, hoy en la era de las "expectativas disminuidas", el mejoramiento personal ya no es suficiente, porque no es posible dentro de la esfera del trabajo. La burocratización y la jerarquía de autoridad promueven la competencia interpersonal; ahora no importa tanto el "trabajar duro" como las cualidades personales "rentables": la iniciativa, la seguridad, la energía y el magnetismo personal. Lo que cuenta es la habilidad de manejar las relaciones interpersonales; se justifica la explotación, la dominación y la intimidación de los demás. Las relaciones con otros se reducen a mercancías a ser utilizadas para el placer personal y el poder; el individualismo sofoca la individualidad.

Dentro de este esquema, el arte de la supervivencia social, del manejo de impresiones, la manipulación de las relaciones personales y la ética del logro (antes aplicada al trabajo y ahora también al ocio) son los elementos definitorios en el acercamiento de los trabajadores a su trabajo (Lasch, 1979).

Mientras más alto en la jerarquía de autoridad más importantes se hacen las cualidades antes mencionadas. Señala Lasch:

“...los pobres siempre han tenido que vivir para el presente pero ahora una preocupación desesperada por la supervivencia personal, algunas veces disfrazada de hedonismo, envuelve a la clase media también.” (Alt, 1975: p. 179)

La proletarización de los empleos de cuello blanco, el crecimiento de la burocracia, la falta de continuidad de las “recetas para el éxito”, el culto al consumo, al disfrute individual y a la privacidad (Lasch, 1979) aseguran el aislamiento y la pasividad de la fuerza de trabajo. Las contradicciones del sistema se han traducido a conflictos internos de los trabajadores (Sennett y Cobb, 1973). El efecto ideológico posibilita que el trabajador mida su propio valor en relación a las vidas y ocupaciones de los demás a quienes la sociedad les da un mérito mayor (prestigio) para culparse a sí mismo de “no tener lo suficiente”. A la misma vez, los que logran un grado de movilidad social también se sienten culpables porque sienten que no merecen lo que tienen, y se sienten insatisfechos porque no les da la felicidad que buscaban: la movilidad social se vuelve una fuente de indignidad. La situación que permite la movilidad social a través de la educación sirve para legitimar la estructura, haciéndola ver como permanente y fuera del control humano, limitando las posibilidades de cambio a las transformaciones individuales. En realidad la persona siente que no ejerce control sobre su vida, sino que es movida de unas circunstancias a otras por factores de la estructura social. Las metas se reducen, de manera que se busca mejorar la situación individual presente y no transformar las condiciones que crean dichas situaciones.

La insatisfacción y la resistencia en el trabajo no se dirigen al “issue” del poder ni del control, sino hacia la obtención de mejores salarios o mejores condiciones de trabajo. No se cuestiona la legitimidad de la estructura porque no se tiene un conocimiento cabal del proceso histórico de desarrollo; el sistema actual parece haber existido siempre y hasta llega a considerarse como razonable. Las únicas demandas que se visualizan como viables son unos cambios mínimos ya que se carece de información de cómo realizar otros cambios (Alt, 1975).⁸ La excepción a esto parecen ser las demandas de grupos profesionales como los médicos, trabajadores sociales y maestros; sin embargo, luego de un breve examen se concluye que tampoco son demandas

⁸ Ruth Silva-Bonilla (1982, Comunicación personal) sugiere que estas explicaciones que se presentan para entender las actitudes de los trabajadores pueden, más que ser reales, reflejar la incapacidad de los científicos sociales para comprender el significado de las luchas obreras. Es posible que carezcamos de marcos conceptuales que hagan justicia a la forma en que se expresa la combatividad de la clase trabajadora.

que alterarían el sistema. En el caso de los maestros, apunta Alt:

se han rebelado contra su situación dependiente en las escuelas y con frecuencia han demandado participación en la formación de las políticas de las escuelas para determinar las condiciones de su trabajo, la naturaleza de los programas educativos y asuntos fiscales... Sin embargo, ninguna huelga de maestros u organización en Estados Unidos se ha acercado a enlazar sus problemas como educadores al proceso más amplio de las relaciones de clase y las prioridades económicas... la mayoría se conforma con mejores salarios, mejores condiciones de trabajo y tal vez una función de asesoría en el proceso político de la escuela. (Alt, 1975: p. 173)

La explicación que ofrece Alt sobre cómo los trabajadores han llegado a aceptar la estructura del trabajo ilustra el proceso ideológico y cómo surge la cultura de la "buena vida". Subraya el autor que "las fuerzas de producción son desarrolladas con dos objetivos en mente: una mayor extracción de ganancias y aumentar la dominación social." Al comenzar la época industrial los trabajadores eran artesanos que tenían control y conocimiento de todo el proceso de producción: era la unión del trabajo intelectual y manual. Con la aparición del Taylorismo y sus objetivos de producción en masa, se introdujeron maquinarias bajo el pretexto de lograr una mayor eficiencia y abaratar los costos de producción. En esta forma, se fue echando a un lado la utilidad de los artesanos y trabajadores diestros en favor de los trabajadores semidiestros y no diestros, cuya tarea se reducía a operar las máquinas. Así se iba fragmentando y diviendo el trabajo manual del intelectual, de manera que los trabajadores sólo conocían una pequeña parte del proceso de producción pues era innecesario que supieran más de eso. Conjuntamente, el trabajo intelectual fue pasando a manos de una estrata de supervisores y gerentes, desarrollándose así una jerarquía de autoridad en la producción.

Por otro lado, fuera del lugar del trabajo, se dio un proceso paralelo y por el modo de producción en sí: la entrada de las mercancías (commodities) en la vida cotidiana del trabajador. El proceso económico y la afluencia hacen posible atractivos salarios que permitían alcanzar unos niveles cómodos de vida, en comparación con la época de depresión. Alt explica cómo la ideología del consumo y la reificación del salario proveen el motivo para trabajar, ya que ofrecen una libertad privada y un escape de la opresión del trabajo. Esta libertad que se logra mediante las mercancías, a su vez fragmenta y cosifica las relaciones interpersonales desde la comunidad hasta la familia; permite desarrollar estilos de vida individualistas, rompiendo los lazos de interdependencia social. En la siguiente sección se explorará más detenidamente el desarrollo de este renglón de la vida personal.

Además de los mecanismos ya señalados, existen otras estrategias del capital para habituar ideológicamente a la clase trabajadora a las condiciones del trabajo. Thompson (1967) da énfasis a la historia del uso del con-

cepto del tiempo, desde la época preindustrial a la industrial en Inglaterra. En la época preindustrial, el reloj era un objeto de lujo utilizado solamente por las clases ricas, era símbolo de estatus y la noción del tiempo no se medía por reloj. El trabajo se realizaba con nociones de tiempo que estaban orientadas hacia la tarea, por ejemplo, el tiempo que se llevaba en "rezar tres ave marías". El tiempo no era de mucha preocupación pues no había necesidad de trabajar en tiempos regulares. Cuando se implantó la mecanización y la división de tareas; entonces se hizo necesario regular el tiempo para lograr la sincronización.

Al principio, la primera generación levantó mucha resistencia a esas condiciones de trabajo. Esta resistencia se trató de aplacar mediante la represión pero más tarde los salarios más altos fueron más efectivos. Al mismo tiempo se fortaleció la ideología puritana del trabajo que implicaba que el tiempo era para aprovecharse trabajando y no para malgastarlo en festejos, en distracciones o en la cama; llamaban vagos e inferiores a los que no mantenían un rígida disciplina del trabajo. La educación pública que surgió como un instrumento de esta ideología ha sido que:

La primera generación de trabajadores de fábrica fue instruida por sus maestros en torno a la importancia del tiempo; la segunda generación forma sus comités de tiempo corto en el movimiento de las diez horas; la tercera generación hizo huelgas por el tiempo adicional o el tiempo y medio. Habían aceptado las categorías de sus patronos y habían aprendido a luchar dentro de ellas. Habían aprendido su lección, que el tiempo era dinero, demasiado bien. (Thompson, 1967:86)

Henderson y Cohen (1979) consideran las formas en que el capital confronta el problema de reproducir las relaciones de producción, tomando ejemplos concretos de la historia de Estados Unidos, Africa e Inglaterra. Explican lo que denominan como acondicionamiento externo, es decir, el proceso de acondicionamiento que se da a través del sistema de salarios, de la represión de las protestas y los disidentes, del desarrollo de la tecnología y la cada vez más sofisticada división del trabajo. Este proceso se da paralelo a lo que ellos llaman acondicionamiento interno, que implica la extensión de las relaciones de producción en actividades fuera del trabajo. Como ejemplo de este último describen los programas de educación adulta en Africa —en los que a través de la enseñanza del idioma del opresor, también se enseñaban sus valores y su ética del trabajo.

Los autores cuestionan la idea generalmente aceptada de que los adelantos tecnológicos han ocasionado cambios en la ideología particular del trabajo. Más bien, según ellos, la dirección causal va en sentido contrario. Los desarrollos en las relaciones sociales de producción obligaron a la gerencia a explorar una tecnología que asegurara la pasividad y el aislamiento de la fuerza de trabajo. A este respecto, señalan estrategias tales como:

la maquinaria que separa en una línea de producción; la mecanización de las tareas, donde es la máquina la que determina el lapso de tiempo entre una tarea y otra; las prohibiciones en cuanto a ayudar a otros a hacer su tarea, realizando tareas dobles para cubrirse mutuamente ("doubling-up"), el ruido en los talleres de trabajo, que minimiza las posibilidades de interacción social y la falta de privacidad a causa del uso de espacios abiertos. Estas son medidas que están encaminadas a la reglamentación de la interacción entre los trabajadores y que incluso prohíben los actos de compañerismo y el desarrollo de la solidaridad.

Entre los sectores de cuello blanco encontramos otras medidas tales como las asociadas al enriquecimiento de la tarea ("job enrichment") y la rotación horizontal, que permiten la sustitución fácil de un empleado por otro y que aumenta el sentido de competencia en una misma unidad de trabajo. De igual forma, los modernos procedimientos de "career planning"⁹ y "career pathing"¹⁰ permiten la planificación y el control de las posibilidades de desarrollo de los trabajadores. Las medidas se presentan como favorecedoras del desarrollo del empleado, pero sólo ofrecen alternativas dentro de un esquema de antemano definido por las oficinas de personal.

Bramel y Friend (1981) recientemente revisaron las investigaciones conocidas bajo el nombre de Hawthorne. El "Hawthorne effect"¹¹ y los estudios que le precedieron fueron importantes en dar un gran ímpetu al desarrollo de la psicología industrial y de la "gerencia científica". En los informes de las investigaciones se describen trabajadores contentos de recibir atención por vía de la investigación misma. Se les describe como personas que acogen favorablemente los cambios y que aumentan la productividad sin entender mucho de que se estaba haciendo.

Al revisar los datos del estudio original, se encuentra una gran resistencia por parte de los trabajadores y esta resistencia es minimizada, obviada u omitida en los informes. Una reinterpretación de las conclusiones tendría que reconocer los participantes que se sacaron del estudio y aquellos que no respondieron como se esperaba. Sin embargo, el espíritu de los tiempos y el deseo de confirmar la hipótesis condujeron a los investigadores a distorsionar los resultados a favor de sus expectativas. Bramel y Friend señalan que esto se debe a la lealtad de clase de los investigadores y a su deseo de producir "información científica" adecuada para la gerencia.

Examinemos más de cerca cómo diversos aspectos de la ideología parti-

⁹ "Career planning" se refiere a la práctica de planificar las opciones de desarrollo de un empleado en una organización.

¹⁰ "Career pathing" se refiere a la práctica de establecer las posibles sendas que puede recorrer un empleado dentro de una organización.

¹¹ "Hawthorne effect" se refiere al efecto que tiene la intervención misma del investigador en aumentar la motivación de los empleados estudiados.

cular del trabajo sirven a los fines de romper o impedir los lazos de interdependencia social entre los trabajadores. Es decir, es necesario examinar cómo los esquemas de dominación están entretreídos en la fibra misma del medio de producción y cuáles son los aspectos que contribuyen al aislamiento de los trabajadores.

Los aspectos que se discuten a continuación han sido recogidos de una gran variedad de escritos que relatan distintas experiencias de la vida de la clase trabajadora. En este sentido, nuestro esfuerzo estará dirigido a presentar de forma integrada esta literatura, aportando con nuestra propia experiencia donde sea pertinente.

En primer lugar debe mencionarse la fragmentación, el rompimiento y la desvalorización del lenguaje de los trabajadores y de sus símbolos (Mueller, 1972; Hoggart, 1958). Este proceso puede muy bien ubicarse desde las tempranas experiencias del niño en la escuela, donde los primeros años se trabaja con un esquema de socialización que fomenta la uniformidad de valores en el salón de clases y donde se niegan o reprimen los contenidos de la resistencia. Archibald (1978) comenta la desconfianza que tienen las familias trabajadoras de las escuelas e intelectuales porque se reconoce en alguna medida que el mundo que estos presentan niega o por lo menos minimiza las cosas que se valoran en el hogar. En el caso de las universidades, podríamos argüir que mucho del trabajo que se realiza con los estudiantes es la sustitución de las formas de lenguaje y pensamiento que tiende a desvincular a los jóvenes de los mundos simbólicos de los cuales provienen. En el caso de los hijos de clase trabajadora, el resultado de mandar un hijo a la universidad casi equivale a perderlo desde el punto de vista de comunalidad de significados que es dado compartir. Esto contribuye a un sentido de desvalorización de los que quedan, pues estos confían en que las nuevas formas de pensamiento y acción del "converso", aunque confusas, deben ser las correctas. Podemos identificar aquí uno de los elementos que va a contribuir a un sentido de duda sobre sí mismo, a un sentido de inseguridad personal que se genera en aquellos que no manejan los símbolos y el lenguaje de la otra clase.

En la medida en que los trabajadores han internalizado la ética del trabajo que presenta el mundo de "el que quiere, puede", "el que no logra algo es porque no se esfuerza", en esa misma medida se sienten como fracasados si no logran alcanzar siquiera unas metas modestas. Esta culpabilización propia oculta el hecho de que el alcanzar siquiera "metas modestas" es en realidad difícil para la mayor parte de los trabajadores. De ahí que pueda hablarse de un sentido generalizado de desvalorización de sí mismo.

En la medida en que se desvaloriza a sí mismo, su forma de hablar, sus gustos (con frecuencia llamados "chabacanos", "ajibarados", "chillones") el trabajador se siente temeroso de compartir elementos de su vida privada con sus compañeros de trabajo o sus supervisores. Teme que ellos descubran

las "insuficiencias culturales", académicas o actitudinales y que esto tenga un efecto detrimental en sus aspiraciones de movilidad ascendente en el trabajo (Keeley, 1960). De este modo prefiere compartir poco con la "gente del trabajo", pues "sólo se fijan en uno para chismear". Esto surte un efecto de minimizar las interacciones personales y la posibilidad de identificar una comunidad de experiencias, de frustraciones y de revalorizar sus actitudes y preferencias puesto que esto sólo se logra al conocerse más personalmente. Esto se expresa también como una desconfianza en los compañeros de trabajo que "están pendientes para 'joder' a uno". En la medida en que lo verbalizan en el escenario de trabajo por las codificaciones de la ideología dominante, porque las creen y porque aún no creyéndolas reconocen el mérito de vocearlas, se obstaculiza la creación de redes de apoyo entre los trabajadores.

La valorización a través del trabajo es negada por la poca importancia social que se le atribuye al mismo, la poca paga y las amenazas firmes de despido o de cesantía. El trabajador que hasta aquí ha "comprado" la ideología del trabajo se siente frustrado y personalmente incapacitado para alcanzar las satisfacciones prometidas. Este se percibe como ocupando una posición inferior y no puede hablar ante los demás con orgullo de su trabajo. Esto se traduce según Archibald (1978) en autoritarismo en el interior de la familia de la cual él espera (por lo menos de ellos, ya que no lo recibe de sus superiores y compañeros, ni de la sociedad en el sentido amplio) deferencia, reconocimiento y admiración. Cuando esto no surge espontáneamente, se impone mediante actitudes autoritarias, rigidez y en ocasiones la violencia. Por otra parte el trabajador resiente aquellos sectores (los intelectuales, los estudiantes, las minorías, los que reciben ayuda del gobierno) como personas que tienen cosas y dinero por los cuales no trabajan. Esto genera una actitud de rechazo y desprecio por estos grupos que, paradójicamente, en ocasiones se acercan a los trabajadores en busca de apoyo para acciones colectivas. El trabajador se siente desvalorizado y siente que debe ser apolo-gético en cuanto a su aparente estatus inferior.

La competencia es otra forma de asegurar el aislamiento y de impedir el desarrollo de la solidaridad (Sennett y Cobb, 1967). Esta pone a los trabajadores a pelearse entre ellos, provocando una lucha por la dignidad. Tienen coraje, pero no saben si deben tenerlo (Sennett y Cobb, 1972). Los modernos estilos de supervisión y de organización de las tareas, a través de premios, de movimientos horizontales, de rotación de tareas y en general de indiferenciación de destrezas y centralización de las tareas intelectuales y de planificación, aumentan la competitividad dentro del grupo de trabajadores.

La separación del espacio físico del trabajo, que asegura la poca interacción personal, el uso de los espacios abiertos, que aumenta la visibilidad de los trabajadores y obstaculiza la privacidad, la separación de los baños de los ejecutivos y los trabajadores, la separación residencial de los trabajadores y

los otros sectores sociales, y por último la tendencia de cada grupo de casarse entre sí, aumenta la distancia entre los trabajadores y entre éstos y sus superiores. La fuerza endogámica no permite el reconocimiento pleno de los otros estilos de vida afluentes ni permite que se generen relaciones bilaterales de acercamiento entre un sector y otro. De hecho, Archibald (1978) señala que cuando ocurren acercamientos amistosos —preguntarse por la familia, un hijo enfermo u otro evento de carácter doméstico— ocurre más bien como un acto de condescendencia de parte del superior hacia el subordinado. Lo contrario, sin embargo, no tiende a ocurrir.

Ante la pregunta de por qué los trabajadores no se rebelan ante sus condiciones de vida, por qué no forman uniones, por qué no colectivizan sus problemas ni forman un partido de los trabajadores; hay una multiplicidad de contestaciones de orden macro-económico, político e ideológico. Nuestro interés es examinar la ideología particular del trabajo para entender por qué esta parece ser impermeable a las contradicciones y a la experiencia de explotación que viven los trabajadores de día a día. Lawler (1975) demuestra que las insatisfacciones y los sufrimientos no son suficientes para engendrar acciones de colectivización. Las personas tienen que poder anticipar que otros comparten sus experiencias y sentimientos y que serán receptivos cuando se les pida ayuda. Sin embargo, la separación y el aislamiento que hemos descrito entre los trabajadores refuerza la idea de que ellos son incapaces de transformar el sistema. Señala Archibald:

El proceso subyacente es probablemente el siguiente: para lograr cambios exitosos en el sistema se necesita un gran apoyo de los otros. Sin embargo, no se está seguro de que en efecto podrá conseguirse dicho apoyo de parte de los compañeros de trabajo, quizás porque el aislamiento no permite que las experiencias que generan confianza ocurran. Entonces, alguna clase de componenda, de "conformarse con" es más probable que la rebelión. El hecho aparentemente de que "están dispuestos a no hacer nada" confirma aún más la idea de que no se puede contar con los otros y de que el sistema es inamovible. (Archibald, 1978:p. 166)

Es interesante que aún cuando la psicología social norteamericana ha establecido que aún una sola persona disidente aumenta grandemente la posibilidad de que otras personas resistan las influencias sobre sí y se rebelen ante la autoridad, (Milgram, 1963), esto no es evidente en la práctica cotidiana para garantizar el respaldo a las acciones y posiciones disidentes.

Cuando los trabajadores exteriorizan su insatisfacción y su resistencia en formas personales o individuales —mediante el ausentismo, el dejar los trabajos periódicamente, el alcoholismo, u otras formas de auto-destrucción— surge la psicología como mediatizadora del control ideológico. Esta asegura que esa insatisfacción se entienda desde la perspectiva

individual, intrapsíquica y médica. Los estudios epidemiológicos (Roman y Trice, 1967; Kohn, 1968; Dohrenwend y Dohrenwend y Dohrenwend, 1969) han señalado que mientras menor es el estatus social de una persona o grupos de personas, mayor es la probabilidad de que se exhiban diversas "enfermedades mentales". Examinemos un momento las implicaciones de esta aseveración. Ella señala que los sectores sociales "inferiores" tienen una incidencia mayor de estas enfermedades. Es posible plantearse, como lo hace Archibald (1978), que la impotencia aprendida del depresivo o del esquizofrénico no es muy diferente de la situación del trabajador adulto. Dice el autor:

A él o a ella no le es permitido tener seguridad y sentirse libre de expresar y controlar sus deseos y habilidades en el trabajo, en la política, con otras personas... son vistos como vagos, irresponsables y poco inteligentes por su pasividad y rigidez. A él/ella no le es permitido el aislarse, si no por otra cosa, por la escasez de experiencias menos enajenantes, pero si él/ella se rebelara ante las circunstancias que lo enajenan, serían severamente castigados. (Archibald, 1978: p. 179)

La ética del trabajo está bien aceptada hoy en día y los desempleados son muchas veces rechazados como vagos o como personas de poco valor. Kaplan (1971) llevó a cabo un estudio con personas desempleadas (crónicas) para medir su compromiso hacia el trabajo. Encontró que su orientación hacia el trabajo es tan fuerte y positiva como los empleados de cuello y azul y cuello blanco que habían sido investigados en otros estudios. Además de valorar el trabajo por su función económica, lo hacían porque da "respectabilidad" a la personas que trabaja. Con frecuencia expresan actitudes negativas hacia las personas que reciben bienestar público, internalizando así las ideas prevaletentes en la sociedad sobre ellos mismos.

Tanto el grupo de los trabajadores como el de los desempleados están sujetos a la explotación, sin embargo la naturaleza de la misma adopta características diferentes. Se impide la captación de la misma realidad de opresión cuando se aísla un grupo del otro, cuando se dividen entre sí los mismos grupos y cuando se internalizan las codificaciones de un ideología dominante que culpabiliza a las víctimas. La inserción en el mundo del trabajo equivale a "ser alguien", la no inserción, "a ser nada". El mundo del trabajo y su ideología se materializan en las conciencias de las personas como la verdadera, única y natural definición de valía, aun cuando ésta se dé en el marco de relaciones alienantes que niegan e imposibilitan el desarrollo de lo humano.

En la próxima sección exploraremos el impacto de los procesos descritos hasta ahora sobre la vida familiar o el llamado renglón de la "vida privada". La exposición estará dirigida a presentar la imposibilidad de mantener teórica o prácticamente la separación entre el mundo del trabajo y el mundo doméstico.

Trabajo y vida privada

Hasta el momento hemos intentado demostrar la importancia del trabajo como agente capaz de influenciar el sentimiento general de bienestar en la vida privada. Indudablemente, éste manifiesta una función vital como estratificador, ya que es la manera en la que los individuos se insertan en el modo de producción lo que a largo plazo determina las selecciones de la persona en cuanto a su lugar de residencia, cónyuge, amigos, escuelas para los hijos, etc. Sin embargo, apuntan Payton, Migazaki y Brayfield (1974) que en recientes encuestas que cubrieron a todo Estados Unidos, el trabajo no era percibido como parte importante de la vida de la gente. Es interesante añadir, sin embargo, que la importancia adjudicada al trabajo parece aumentar con el estatus asociado al trabajo que se desempeña, así como con la satisfacción derivada del mismo. Además, los autores reseñan una serie de conclusiones derivadas de algunos estudios acerca de la asociación o relación entre satisfacción en el trabajo y el sentimiento general de bienestar vital. Entre éstas, algunas de las más importantes son que el riesgo de enfermarse mentalmente varía inversamente con la satisfacción en el trabajo y que mientras más satisfechos están los trabajadores con sus trabajos, más tienden a describirse como "muy felices".

Por otro lado, Kornhauser (1965) nos dice que los sentimientos sobre el trabajo actúan como un lazo entre las gratificaciones y privaciones de la situación total del trabajo y los efectos en términos de salud mental de estas condiciones. Señala el mismo autor que cuando el trabajo no emplea a la persona total, no le permite control en su tarea, el trabajador se siente deshumanizado. Shepperd y Herrick (1972) sugieren que la enajenación de la sociedad ocurre cuando el trabajador no ajusta sus aspiraciones para que pareen con las limitadas oportunidades encontradas en el trabajo. El cinismo de la aseveración hace innecesario cualquier comentario de nuestra parte.

Lejos de constituir esferas separadas, la esfera del trabajo asalariado afecta de forma determinante la vida familiar o privada. En esta dirección señalan Pearlin y Kohn (1966) que los requisitos estructurales del trabajo son fácilmente transferidos y transformados en requisitos personales. Los rasgos o cualidades que se presentan como altamente valorados en una ocupación pasan a ser valorizados de forma general, tanto para el trabajador como para sus hijos. Por ejemplo, los trabajos que permiten y requieren autodirección conducen a una alta valoración del auto-control. Los trabajos que requieren seguir las instrucciones establecidas por alguien con autoridad deben conducir a altas evaluaciones de la obediencia y a bajas evaluaciones del auto-control. Señalan los autores que:

Aun cuando la evidencia es todavía demasiado escasa para derivar

conclusiones firmes, estudios indican que los trabajos pueden influenciar las habilidades intelectuales y sociales, los valores de crianza y las actividades sociales que las personas manifiestan en sus actividades de no-trabajo.

Un área donde se observa el impacto de la ocupación es en la estructura de consumo y en los arreglos interpersonales concomitantes. Los pobres, por ejemplo, mantienen una especie de familia extendida en su comunidad: se establece una familia ficticia (compadrazgo) para llevar a cabo las funciones del hogar y compartir recursos. De esta forma se logra una mayor interdependencia entre las unidades familiares. En sectores con más ingreso es posible el establecimiento de la familia nuclear, ya que se pueden consumir más servicios, dependiendo más de servicios externos tales como trabajadoras domésticas, centros de cuidado diurno, restaurantes, lavanderías, etc. Las relaciones que se establecen fuera de la familia son más de tipo económico y menos de tipo social, amistoso.

Además el tipo de trabajo que se realiza y el nivel de ingresos tiende a determinar la consistencia o inconsistencia de los patrones familiares con los roles sexuales tradicionales. Si el hombre ya no provee suficiente ingreso para mantener a la familia, ésta tiende a volverse inestable y aumentan los conflictos.

Según Rubin (1976) puede decirse que existen dos subculturas predominantes en el sector pobre, los "estables" y los de "vida dura". Los segundos son los que tienen menos seguridad en sus empleos y su situación económica es más precaria. Muchas veces se incrementa la violencia y la eventual desintegración de la unidad familiar. Otra situación que se suscita frecuentemente es que debido al alto costo de la vida, el hombre se busca varios trabajos a la vez y la mujer decide salir también a buscar trabajo. Esto, sin duda, trae consecuencias en la organización familiar. En ocasiones el hombre piensa que se disminuye su estatus y su autoridad, la que entonces se transforma en autoritarismo.

En cuanto al hombre de vida estable que tiene por lo menos una seguridad económica, su situación en el trabajo no le permite disfrutar de la vida familiar.

La mayor parte de los hombres están en una lucha constante por obtener un orden y una continuidad de los fragmentos de sus vidas. De este modo vienen a casa después del trabajo y se envuelven en proyectos que ofrecen la oportunidad de hacerles sentir útiles, competentes y enteros: arreglar el carro, remodelar la cocina, construirle algo a los niños. Otros, aquellos que parecen haber perdido la esperanza, colapsan en una especie de cansancio entumecido del cual sólo salen para comer, beber y ver televisión. De cualquiera de las formas, las implicaciones para la vida familiar son claras. Esposos y padres removidos de un involucramiento activo, algunos porque están en una lucha desesperada por retener algún sen-

tido de su humanidad y otros porque la han abandonado. (p. 161)

En su estudio sobre la relación entre el trabajo y la vida familiar, Piotrkowski (1979) encuentra que dos aspectos importantes: el psicológico y el estructural. Dentro de la relación psicológica hay tres patrones: transferencia positiva, transferencia negativa y déficit de energía. El primer patrón se refiere a la instancia donde el trabajo es variado, flexible y permite control de parte de la persona, lo que contribuye a una autoestima positiva. El segundo patrón se caracteriza por la sobrecarga y el conflicto de roles en el trabajo, lo que implica que la persona lleva las preocupaciones que se derivan del trabajo al ámbito del hogar. Esta no puede atender a las necesidades de la familia, se irrita fácilmente y tiende a "desquitarse" con los miembros de su familia, lo que causa una mayor distancia entre ellos. El tercer y último patrón se refiere a la instancia del trabajo en el que éste es monótono y aburrido, absorbe las energías físicas y emocionales de la persona, pero los sentimientos sobre el trabajo no se "traen a la casa", se perciben ambos renglones como divididos y esto genera la necesidad de estar solo y no con la familia.

El otro aspecto importante es la relación estructural de tiempo y espacio. La organización del trabajo "compra" el tiempo de los miembros de la familia: estructura su tiempo y espacio para ellos. Para la vida de una familia la necesidad de contacto y de poder regular su distanciamiento es vital. Algunos pueden lograr cierta flexibilidad en su empleo, pero la mayoría no: las necesidades de la familia caen a un segundo o tercer lugar, acomodándose cuando es posible. Las consecuencias de estos arreglos son negativas para la familia ya que las diferentes necesidades quedan insatisfechas y generan conflicto. Las contradicciones entre las demandas de la vida pública y la vida privada son difíciles de ocultar (Feldberg y Kohe, 1976) y ponen de manifiesto la influencia recíproca de los dos renglones.

Las altas tasas de divorcio y recasamiento indican que mucha gente no está contenta con su vida familiar. Este descontento tiene origen en la relación de dependencia de la familia hacia el orden capitalista y la división del trabajo que éste impone a sus miembros. Generalmente el fracaso en el logro del ideal de la familia burguesa es entendido por las personas como su problema personal y privado. Al entenderse como falla personal, quedan ocultas las influencias del sistema social (Feldberg y Kohen, 1976).

Los cambios que se ven actualmente en la estructura familiar, que unos llaman "crisis familiar" son atribuidos a la desorientación social sobre los valores tradicionales y culturales. Nazzari (1980) arguye que los cambios en la familia, con el aumento en los divorcios y las demandas de igualdad de las mujeres forman parte del proceso de proletarización de la mujer. Sin duda la entrada de la mujer en la fuerza laboral obliga grandes cambios en la estructura familiar. Por el momento referimos a los lectores a trabajos en esta

área como los de Rowbothan (1972), Silva (1980), donde se discute la complicada relación entre el trabajo femenino y la economía política de la división del trabajo.

Queremos subrayar principalmente la imposibilidad de convertir en dicotomía las esferas doméstica y del trabajo asalariado, pues al examinar la historia y el contexto social vemos que su relación ha sido transformada, que los cambios en los procesos de producción van acompañados de cambios en la estructura familiar, en las formas de ver y sentir el mundo y aún en la interpretación de los desajustes personales. Es particularmente importante tener presente que la relación entre la familia y el mundo del trabajo asalariado ha sido distorsionada. Por vía de ejemplo, el trabajo de la mujer se ha vuelto invisible y ésta ha sido relegada al plano de la vida emocional familiar. Debido al encubrimiento ideológico, las personas no pueden visualizar cómo es que los conflictos se originan en la organización de la producción y dirigen sus frustraciones y sus críticas al nivel de la vida personal. No logran captar la medida en que las soluciones personales sostienen el sistema que genera las insatisfacciones.

En general se piensa que el trabajo es algo aparte e independiente del hogar. Se perciben como realidades fragmentadas que en momentos específicos podrían encontrarse, pero que seguirán manteniéndose autónomas. Esta separación se presenta en los vocablos con los que suele identificarse cada una —la vida del trabajo es parte de la vida pública, el mundo de la realidad, de lo social, mientras que la vida familiar es considerada parte de la vida privada, como tiempo libre, personal, de ocio. Esta dicotomía que se sustenta al nivel del decir responde a la realidad histórica del desarrollo del capitalismo industrial. A pesar de que aparenta ser natural y objetiva, veremos que esta dicotomía aparente es un producto histórico.

Según el análisis histórico que realiza Gadlin (1977) puede observarse cómo los cambios en los procesos de producción afectan la estructura familiar. Antes del capitalismo industrial el hogar representaba el lugar de trabajo para la gran mayoría de la población. Se trabajaba en un área cercana al hogar: el terreno o el taller. Además, la actividad doméstica de la mujer era considerada parte vital de la economía de la vida familiar. No había división entre la vida pública y la vida privada y los asuntos de la vida familiar eran de igual forma asuntos de la comunidad en general. Lo que hoy llamamos "familia extendida" era la estructura que prevalecía, los miembros de la familia no aspiraban a tener su propio hogar ya que era necesario permanecer en la misma unidad y contribuir a su actividad económica.

Durante el siglo XIX el mundo occidental es marcado por el desarrollo del capitalismo industrial, con lo que el trabajo se comienza a pagar mediante un salario y se tiene que migrar hacia la fábrica. Esta separación física entre el trabajo asalariado y el hogar fomenta la idea de que en realidad

son esferas aisladas y que no deben interferir la una con la otra. Sin embargo, vemos cómo esta separación física es sólo una transformación de la relación entre trabajo familiar y no su eliminación, si bien antes la relación era abierta y visible, ahora es más sutil y oculta pero muy poderosa.

El cambio en los procesos de producción viene a acentuar la diferencia entre roles sexuales y por lo tanto, la relación entre hombres y mujeres. El trabajo doméstico de la mujer pierde su valor de intercambio y pasa a un segundo lugar de importancia. Esto resulta en un aumento en la dependencia de la mujer sobre el hombre, pues ella queda en el hogar y éste recibe el salario, que se ha convertido en el recurso más valorado. Ehrenreich y English (1979) relatan cómo las tareas del hogar se trasladaron a la producción industrial, las telas, velas, jabones, comidas y demás artículos ya no son manufacturados en el hogar. El surgimiento del aparato escolar también interviene con la tarea de criar a los hijos. Todo esto deja un vacío en el hogar y representa un peligro para el rol de la mujer y la familia en su totalidad. Mientras que por una parte este proceso se veía como una contribución a la liberación de la mujer, por otro lado el gobierno, los líderes cívicos y los científicos sociales se preocupaban por la desaparición de la familia y las consecuencias problemáticas que esto pudiera traer para el orden social. Comenzaron las reformas y defensas para salvar el "Sagrado Hogar". Sin un hogar donde el trabajador pudiera descansar y cuidar a su prole no habría seguridad de que aceptarían las condiciones de las fábricas. Según una cita que toman Ehrenreich y English (1979) del Reverendo Dike de principios del siglo XX:

El mundo industrial debe entender que su necesidad fundamental de industriiosidad, eficiencia, fidelidad a las tareas y lealtad a todas las demandas de la situación requieren cualificaciones de mente y carácter que dependen principalmente del hogar detrás del trabajador. (Ehrenreich y English, 1979:p. 149)

Entre las medidas que se tomaron para salvar la familia de los "efectos de la industrialización" se desarrolló toda una ciencia sobre las tareas domésticas para compensar la desvalorización del trabajo de la mujer. El ama de casa debía entonces aprender a manejar la casa con eficiencia, "como si fuera un trabajo u ocupación". Los científicos crearon la "teoría de los microbios" que a pesar de ser en su mayoría inocuos, proveería de tareas a la mujer y requeriría de ella mucho esfuerzo para ser "buena madre". Vemos cómo la producción y los modos de subsistencia se extraen del hogar y luego aparenta ser el hogar el que debe amoldarse a las exigencias del mundo industrial.

La concepción actual que predomina sobre la familia normal es la de un grupo de personas que deben vivir juntas y estar unidas por lazos de afecto y

responsabilidad moral. Supuestamente esa es la naturaleza de la familia, como si siempre hubiese sido de esa forma y estuviese dispuesto de igual manera para el futuro. Dentro de este cuadro es natural que sea la mujer la ama de casa, esposa y madre mientras que el hombre sea quien deba mantener el hogar y "traer el pan a la casa". Según Rapp (1977) esta definición normativa de la familia cumple una función ideológica que perpetúa el orden social y las relaciones de clase. La idealización de la familia como "nido de amor" y refugio emocional ha servido para opacar otra razón determinante por la cual se originó la familia y que aún existe, esto es, la función económica del hogar como modo de reproducción de las fuerzas productivas.

La red de relaciones que se establece mediante la familia está basada en un modo de producción muy similar al feudal. La mujer provee unos servicios que son necesarios para la sobrevivencia de los miembros de la familia (preparar la comida, arreglar la casa, etc.) y no recibe salario a cambio de su labor, sino que depende de los recursos que provee el hombre (Nazzari, 1980). En cierta medida es parecida a la relación del siervo que trabaja para y depende del señor feudal. El hogar es la unidad de producción, reproducción y consumo que a su vez permite el desarrollo de lazos de afecto. Al nivel de la conciencia prevalece lo segundo como explicación de la familia y se trata de negar lo primero aunque no completamente. Se dice por ejemplo, que uno no debe casarse por razones de seguridad económica sino por amor, lo cual supuestamente "no tiene precio"; el trabajo fuera del hogar debe realizarse para mantener bien al hogar y a la familia pero no se piensa a la inversa, que la familia posibilita el trabajo asalariado. No se ve cómo el trabajo de la mujer es imprescindible para mantener el capital —es ella quien "produce" al hombre quien a su vez produce o circula la plusvalía— y reproduce a otros seres humanos quienes constituirán la fuerza de trabajo futura. Es la mujer, a través del consumo, que también da trabajo, quien permite que se complete el ciclo de producción de plusvalía y mediante quien el sueldo del marido regresa al capitalista (Weinbaum y Bridges, 1976). A pesar de los intentos de hacer ver el trabajo de la mujer como interesante, ésta permanece invisible ante la sociedad y sin valor o contribución significativa. La envoltura romántica de la familia prescribe que la función de la mujer es proveer un apoyo emocional para el hombre, sirviendo como amortiguador para las contradicciones y el conflicto que éste confronta en su diario vivir.

Hacia una teoría de la formación de la subjetividad

En esta última parte deseamos recoger algunas de las ideas expresadas, presentándolas como notas generales en relación al proceso de constitución de la subjetividad, desde una perspectiva materialista. Desde el contexto de

la psicología, la más importante dificultad de relacionar la subjetividad del individuo concreto con las formaciones sociales más amplias surge de haberse establecido entre ambos términos una separación tajante y artificial. Se asume que entre individuo y sociedad no existe relación alguna, excepto la que pueden proveer conceptos superficiales tales como "rol", "norma" o "socialización". Se han intentado explicar el uno a partir del otro, reduciéndose por ejemplo, subjetividad a normas sociales o de manera inversa, relaciones sociales a individuos. Aunque desde el punto de vista analítico, esto puede tener sentido, cuando llevamos la equivalencia al terreno de la realidad concreta, ésta demuestra ser totalmente ineficiente.

En el caso de la psicología se ha intentado comprender y explicar la subjetividad humana desde una perspectiva totalmente ahistórica y en la inmensa mayoría de los casos, también separada de las relaciones sociales. Se ha intentado comprender las características generales de la subjetividad, la "esencia" del ser humano separando éste de la realidad histórico-social, de las relaciones con otros seres humanos y con las estructuras sociales que son a su vez reflejo de formaciones sociales específicas. Se habla del individuo como de una realidad "general", independiente, autocontenida y esto queda reflejado en los diversos esquemas explicativos elaborados por la psicología. Buss (1979) divide tales esquemas en dos tipos básicos: el que sostiene que el individuo construye la realidad social o aquel que sostiene que la realidad social crea al individuo. La tercera alternativa, que sostiene que tanto individuo como sociedad se construyen mutuamente ha sido recibida con entusiasmo, pero aún no se ha plasmado en la práctica.

Con demasiada frecuencia se tiende a asumir que si se parte del esquema materialista dialéctico, no se podrá comprender al individuo concreto como formación específica. Se asume que podrán comprenderse las formaciones sociales más amplias en su devenir histórico, pero no al individuo concreto. El propósito de esta parte es demostrar cómo se puede conceptualizar la experiencia humana individual desde un esquema materialista. El orden de exposición tomará en cuenta la definición y descripción que hace el materialismo dialéctico de la esencia humana, de la individualidad y de la subjetividad, encarnación de la especificidad del individuo concreto.

Son muchos los autores (Schaff, 1970; Shames, 1981; Adlam, 1977 y Séve, 1972) que abordan el problema de la ubicación del individuo dentro de la teoría marxista. En particular Séve (1972), Caveing (1971) y Schaff (1970) subrayan la importancia de reevaluar el problema del individuo y de ubicar los escritos más filosóficos y humanistas de Marx en una justa perspectiva. Lejos de ser escritos de juventud, efímeros e inmaduros, los *Manuscritos: Economía y Filosofía* (1977) y la *Ideología Alemana* (1974) presentan las preocupaciones centrales de la teoría marxista, el norte de los escritos posteriores de Marx. La razón de ser del materialismo dialéctico es la de "desarrollar las condiciones sociales que posibiliten la lucha por la felicidad

del individuo" (Schaff, 1980: p. 8). Aún cuando el tratamiento que del tema hace Marx en sus primeros trabajos todavía aparece demasiado influenciado por los conceptos y concepción del mundo hegelianos, los escritos económicos y sociológicos posteriores encuentran su justificación y su razón de ser en la meta de liberación del individuo concreto. Ante un mundo en el que los esfuerzos del individuo en los campos de la economía, la política, el pensamiento, y la vida social se perciben como independientes del sujeto creador; ante un mundo en el que los productos del individuo le dominan y esclavizan, se hace patente la necesidad de transformar ese mundo alienante. El marxismo aspira a transformar un mundo en el que los objetos tienen preeminencia sobre lo humano por un mundo en el que lo humano se convierta en el bien supremo.

Si la preocupación esencial del marxismo es el individuo concreto, podemos asumir que encontraremos en su esquema explicativo información pertinente para la construcción de una teoría de la subjetividad. Sin embargo, es necesario comenzar por preguntarnos acerca de la naturaleza de la esencia humana.

Frecuentemente, se habla de la "esencia de la humanidad" como de características generales que describirían a los seres humanos, asumiéndose un "humano en general". Nosotros utilizamos el término de esencia de una manera diferente, como refiriéndonos a la lógica interna de desarrollo de los individuos. Entendida así, la esencia de los individuos no debe buscarse en una abstracción genérica que uniría a las personas como miembros de una especie, de manera simplemente natural (Schaff, 1970).

La esencia humana se ubica en el conjunto de las relaciones sociales que se crean a partir de la delimitación del modo de producción. Es ésta la única realidad concreta, objetiva, material e histórica, que determina lo que las personas son en cuanto personas (Sève, 1972). Lejos de entender a las personas como esencias o realidades en sí mismas, tenemos que entender al individuo en su dimensión práctica, en el devenir histórico de formaciones sociales específicas que vinculan a unos seres humanos con otros.

De acuerdo a Marx, la esencia de la humanidad puede describirse como el ensamblaje de las relaciones sociales. El individuo nace en una sociedad concreta, bajo condiciones sociales y relaciones humanas definidas. Esta sociedad es el resultado de la actividad de generaciones anteriores y es a partir de estas condiciones, que tienen su origen en las relaciones de producción, que se levanta la estructura de ideas, sistemas de valores e instituciones. Al respecto comenta Caveing (1971):

La esencia humana es exterior a los individuos: no solamente no está ella "en" los individuos, sino que tampoco tiene la forma de la individualidad. Este descentramiento del individuo humano respecto de su esencia de hombre significa que en modo alguno la esencia humana inhiere de

manera natural al individuo, sino que, por el contrario, éste debe apropiarse de ella, de este conjunto histórico de relaciones sociales en las que consiste toda la realidad de su esencia. Pero también significa que las relaciones sociales, que constituyen la esencia humana real, dominan soberanamente sobre el desarrollo personal de los individuos, determinando su deformación o su despliegue. (Caveing, 1971:p. 128)

De manera que la esencia, lejos de constituir un producto terminado, se refiere a un proceso humano inacabado y por ende, en formación constante. Tanto la esencia como las formas históricas de la individualidad, así como la subjetividad concreta son procesos históricos, producto del devenir de las diferentes formaciones sociales. Esto que llamamos individualidad, personalidad o subjetividad aparece como condicionado por el desarrollo histórico-social de la colectividad. Nuestra conciencia, así como nuestras formas de relación social, las formas en las que nos insertamos en el proceso de producción, las maneras en las que nos relacionamos con el poder, lo que consideramos valioso o digno, aquello amado, nuestras actitudes ante la vida y nuestras ideas sobre la muerte, nuestros gustos, percepciones y preferencias reflejan las influencias sociales inescapables.

Cuando Marx habla de relaciones sociales se refiere a las posiciones objetivas que las personas ocupan en el sistema de producción. Es decir, las posiciones reales adoptadas ante la propiedad y distribución de los productos. Sin embargo, existe una diferencia cualitativa entre el individuo concreto y el conjunto de las relaciones sociales. El individuo humano, en su dimensión específica no es un calco simple y transparente del conjunto de relaciones sociales. El contenido y la forma del psiquismo individual manifiestan influencias sociales, pero la subjetividad concreta se presenta como un efecto de las formas históricas de la individualidad (los conceptos de actividad y acciones interpersonales y simbólicos que establecen los límites del desarrollo de la conciencia) que a su vez son efecto de las formaciones sociales concretas. Las relaciones sociales no son meras relaciones intersubjetivas, son un fenómeno estructural ajeno a las voluntades individuales. Diferentes de la voluntad o de la personalidad específicas, determinan las formas históricas de la individualidad en cuyo seno se producen y desarrollan los individuos concretos. La subjetividad concreta queda entonces enmarcada por el hecho general de la individualidad. Al existir las estructuras sociales, las personas no existen históricamente sino bajo ciertas formas. Son capitalistas u obreros, señores o siervos, pequeño-burgueses o campesinos, amos o esclavos. Aparecen vinculados de alguna manera al proceso de producción y es esta vinculación objetiva y real a la que nos referimos cuando hablamos de las relaciones sociales de producción. Esta vinculación concreta establece los parámetros y características irreductibles de la actividad y del mundo simbólico en el que se encontrará inmerso el individuo desde su nacimiento, lo que a su vez influenciará el desarrollo y la forma de

su conciencia, así como de su práctica.

Lo que llamamos subjetividad, concreta encarnación de la especificidad del individuo, es una formación o estructura que funciona como una totalidad de orden específico. No es ajena a las relaciones sociales, pero tampoco reducible a ellas. Queda condicionada por las relaciones sociales que se producen a partir del modo de producción, pero no es un epifenómeno, una ilusión del modo de producción. Es una realidad concreta y específica, condicionada por, pero diferente en su substancia del modo de producción. La estructura de esta totalidad específica personal no reproduce de manera homóloga la estructura de la formación social más amplia.

El individuo halla su esencia fuera de sí mismo, pero la forma psicológica de esta esencia es un efecto de los que Séve (1972) llama: la individualidad o las formas históricas de la individualidad. El funcionamiento y la reproducción de las relaciones sociales que se crean en el proceso de producción son **matrices de actividad necesarias** para la formación de la subjetividad, pero no son la subjetividad misma.

El modo de producción determina a través de la estructuración de las posiciones de las personas los mini-universos de prácticas y símbolos, es decir: las matrices de actividad necesarias para la formación de la actividad, pero no plasma totalmente las formas psicológicas concretas de ésta. La posición objetiva del individuo en el sistema de las relaciones de producción condicionan precisamente estas formas de la individualidad, lo que las define como procesos históricos. Ser capitalista, proletario o pequeño-burgués en una sociedad capitalista no responde a motivación psicológica alguna que emane del individuo. Es por esto que señalábamos que las relaciones sociales no con meras relaciones intersubjetivas. Estas formas particulares de la individualidad son conjuntos de acciones, actitudes e interrelaciones que establecerán los límites de desarrollo de la subjetividad.

Las relaciones sociales, sin embargo, siguen siendo relaciones entre personas, es decir: tienen un efecto definido en la subjetividad, aparecen como límites de las formas históricas de la individualidad en cuyo interior tomarán forma concreta las actividades y la subjetividad específicamente individual.

la esencia del individuo concreto puede ser comprendida y constituir el objeto de un estudio científico únicamente sobre la base de una teoría de las formas generales de la individualidad en una formación social dada; pero en lo que concierne al individuo concreto y para una ciencia psicológica que quiera tomarlo como objeto, lo esencial es su singularidad. (Séve, 1972:242)

La división social del trabajo divide a los humanos en grandes sectores: capitalistas o proletarios, pero no podemos hablar de la subjetividad capitalista o de la subjetividad proletaria... aun no hemos alcanzado la particulari-

dad del individuo concreto.

La subjetividad en el adulto no es una estructura cosificada o un conjunto de características estáticas, incapaces de modificación. Por el contrario, podemos señalar que la principal característica de la subjetividad individual es su carácter de estructura temporal. Dicha estructura, cambiante y dinámica recoge la totalidad de la existencia del individuo en la medida en que queda sobredeterminada por las actividades del individuo real. En este sentido, podemos afirmar que el sustrato material y concreto de la subjetividad es lo que denominamos empleo o estructuración del tiempo.

La subjetividad individual, en tanto es una estructura temporal concreta, expresa la lógica de desarrollo de la vida del individuo a través de la estructuración temporal de sus actividades. El concepto de empleo del tiempo se refiere al sistema de relaciones efectivas entre las diversas categorías objetivas de actividad del individuo (Séve, 1972), entre los diversos actores de la actividad que discutiremos luego.

Debe quedar claro que partimos de una concepción diferente de la acción del humano. Los supuestos que dan vida a esta conceptualización no parten de definiciones estrechas y asfixiantes del movimiento vital de las personas. No hablamos de conductas aisladas porque no creemos que podamos hablar de acciones desvinculadas del contexto social. Tampoco hablamos de deseos o de voluntad en la medida en que no podemos referirnos a los significados individuales, al psiquismo aislado sin hacer referencia directa a las formaciones sociales. Debe quedar claro que el concepto del que partimos es el de acto, es decir, las actividades concretas que tienen resultados objetivos tanto para el sujeto como para la formación social más amplia. No podemos hablar, por ejemplo, de las conductas en el escenario diario del trabajo sin hacer referencia también a las distinciones de clase que condicionan la posición objetiva en un escenario particular. Tampoco podemos establecer una equivalencia entre conciencia o subjetividad individual y contexto social. Uno de nuestros objetivos es recoger la particularidad, la unicidad de la conciencia individual. Nuestro propósito es hablar del individuo en su totalidad e integridad, de los significados adjudicados a las acciones y los objetos... de la conexión de los acontecimientos humanos, de los objetos de nuestras intenciones, de las cosas que ocurren **para nosotros**. Estos significados, sin embargo, deben quedar enmarcados en un contexto humano y social. Hablaremos entonces de las acciones que se dan en la cotidianidad y que recogen tanto la totalidad de la persona como la totalidad de las relaciones sociales. La actividad individual debe ser relacionada con el mundo social dentro del cual se efectúa y reencontrada como producto de las estructuras de este mundo social.

Los resultados objetivos del acto para el individuo se presentan principalmente a través de la mediación de los resultados sociales objetivos. Las actividades que caracterizan la existencia de un individuo concreto quedan

definidos socialmente y su reproducción individual tiene consecuencias sociales. Por ejemplo, el que la estructuración del tiempo de una mujer en concreto se caracterice por ocho horas de trabajo asalariado ante una máquina de coser y por seis horas de trabajo doméstico diario tiene consecuencias inescapables, tanto para la formación de su subjetividad o conciencia, como para la reproducción del modo de producción capitalista.

De manera que el complejo sistema de actos (y las relaciones entre ellos) forman la base objetiva de lo que llamamos subjetividad o conciencia. Los actos son por un lado, comportamiento o acción individual, pertenecen al individuo al ser un aspecto o momento de su biografía como expresión de sí. Por otro lado, el acto también pertenece a un mundo social determinado, al ser un aspecto de las relaciones sociales, expresión de las condiciones históricas objetivas. Para el individuo particular, las consecuencias del acto quedan transformadas por las mediaciones sociales más amplias. Para la trabajadora del ejemplo anterior, la diaria labor ante la máquina tiene consecuencias inmediatas: el cansancio aplastante al final del día, así como consecuencias a largo plazo: las categorías y los estilos cognoscitivos que se desarrollan en el trabajo tienden a transferirse al contexto familiar y personal. También, sin embargo, su labor proporciona un salario. Este resultado de su acción es asociado a unos significados particulares y a una carga afectiva en vista de que provee el medio para la reproducción inmediata de la vida material. El salario, sin embargo, ya ha quedado definido, limitado y significado por una estructura en la que ella no tiene, en su carácter individual, la más mínima ingerencia. De manera que no sólo la posición que condiciona los actos, sino las consecuencias de éstos para el individuo aparecen sobredeterminados por la estructura social.

De acuerdo a Séve (1972) el momento objetivo de la ejecución del acto implica otros dos: el momento en el que se da el resultado o producto y el momento que antecede al acto: el momento de las capacidades. Estas últimas son las condiciones que posibilitan la producción y la reproducción del acto y que se manifiesta en éste. La noción de capacidades se refiere a las posibilidades amplias de ejecución de los actos. Séve (1972) las define como "el conjunto de potencialidades actuales, innata o adquiridas, para efectuar cualquier acto de cualquier nivel". Por un lado se presentan las condiciones individuales para la ejecución del acto; pero por otro lado, las capacidades son producidas o desarrolladas por una serie de actos que también las condicionan. La relación entre actos y capacidades es una dialéctica por cuanto en diferentes momentos el uno posibilita el otro, transformándolo y condicionándolo en el proceso.

La existencia del individuo se caracteriza entonces, por dos sectores de actividad básicos. El primero se referiría a los actos que producen, desarrollan o especifican capacidades (Séve, 1972). El segundo sector se referiría entonces, al conjunto de los actos que empleando solo las capacidades ya

existentes producen tal o cual resultado que el ejercicio de las capacidades permite alcanzar (Sève, 1972). Al primer sector o momento de la biografía podríamos llamarlo período de formación, en vista de que los actos se manifiestan en función del desarrollo o la preparación. El segundo sector es el de la acción. La distinción entre estos dos momentos primarios de la biografía no queda claramente delimitada dado que la relación entre actos y capacidades entre los sectores segundo y primero es dialéctica. El uno posibilita el desarrollo y la objetivación del otro. Este movimiento eventualmente revierte sobre sí, transformando las condiciones de creación y existencia tanto de sí como del otro sector.

La función progresiva más importante de la subjetividad individual es la creación y desarrollo de las capacidades. Dado que la subjetividad guarda una relación yuxtaestructural con la sociedad y puede señalarse que la función progresiva más importante de la sociedad es la acumulación, así mismo la evolución de la subjetividad individual se da en función de la adquisición y desarrollo de nuevas capacidades.

Se propone como tarea para la construcción de una teoría de la subjetividad el análisis de las estructuras y de la lógica del proceso de conjunto de las actividades del individuo. El estudio detallado del empleo del tiempo real, sea este inconsciente e irreflexivo o consciente y voluntario, permitirá entender las formas empíricas de la vida individual y colectiva, así como la conciencia que se toma de ellas. No se propone una simple investigación empírica de presupuesto del tiempo. Aún cuando las distinciones entre el tiempo de trabajo en la producción, el tiempo para las ocupaciones domésticas, el tiempo para la satisfacción de necesidades fisiológicas y el tiempo de ocio son importantes en sí mismas, debe integrarse la significación de estas divisiones para el sujeto cognoscente. Esto permitirá ubicar dicha estructuración del tiempo como reflejo de la estructura real objetiva y de los significados compartidos. Debe analizarse la significación del trabajo en la estructura social así como el papel del trabajo individual en la producción de capacidades y en la reproducción de la subjetividad en su integridad.

El conjunto de las actividades que transforman o condicionan el empleo del tiempo se encuentra dominado por la contradicción entre las actividades del trabajo productivo (desde el punto de vista capitalista) y entre las actividades de relación directa del individuo consigo mismo. En el capitalismo, el trabajo socialmente productivo es aquel que adopta la forma abstracta. El trabajo abstracto es aquel que al ser despojado de su singularidad, se convierte en valor de cambio y produce plusvalía. En el caso de la trabajadora ya mencionada, el producto de su acción no es la pieza de ropa que la labor del día posibilitó, sino el salario. Opuesto a éste, el trabajo concreto puede dar lugar al cambio directo o a la prestación de servicios, pero no crea plusvalía ni produce capital. En la sociedad capitalista, el carácter productivo que posee el trabajo en su condición de actividad con-

creta sólo se reconoce socialmente cuando toma la forma abstracta, deshumanizando al trabajador, negando las posibilidades del trabajo como instrumento de objetivación.

En el individuo, la actividad abstracta es el conjunto de los actos que crean "trabajo socialmente productivo". Es socialmente productiva porque es abstracta y esto es también la característica esencial de su carácter psicológicamente productivo, ya que es a través del poder adquisitivo del salario que el trabajador asalariado interviene en la producción y reproducción de su vida material. La actividad concreta, por otro lado, se refiere a las actividades de relación consigo mismo, como por ejemplo, el aprendizaje de nuevas capacidades ajenas al ejercicio y exigencias del trabajo social. Entre ambos extremos se encuentran las actividades intermedias, básicamente de dos tipos. En primer lugar encontramos las actividades concretas que tienden a ser asimiladas por la actividad abstracta, como por ejemplo, los aprendizajes personales en vías de asimilación a los esfuerzos por compensar el desgaste del valor de la fuerza del trabajo. En segundo lugar, encontramos las relaciones interpersonales y/o domésticas, que como ya vimos son también absorbidas por las necesidades de reproducción del capital.

El sistema capitalista divide el tiempo de los individuos en estos cuatro sectores amplios y la conjunción particular del tiempo dedicado a cada uno de estos conjuntos de actos tendrá consecuencias determinantes en los contenidos y la forma que adoptará la conciencia. En este sentido, la forma del trabajo condicionada por el modo de producción es un componente vital. La transformación en mercancía de una parte central del individuo (su capacidad de creación y objetivación), la transformación de la actividad concreta en actividad abstracta (valiosa en cuanto reporta un salario y sólo reporta un salario cuando produce plusvalía) no se opera sino en el campo del trabajo social o por derivación inmediata de éste.

Con el capitalismo se manifiesta la contradicción absoluta. Por un lado, con la acumulación de capital, ganancia, recursos; con el perfeccionamiento de la tecnología surge la posibilidad histórica objetiva de la realización integral de la esencia humana de los individuos. Con el modo de producción capitalista surge la posibilidad de que los individuos como conjunto se adueñen del patrimonio humano, desarrollando y creando capacidades. Pero ante esta posibilidad, el capitalismo también se presenta como su mayor enemigo: asegura el desarrollo de todas las fuerzas productivas y las riquezas sociales a través de una profundísima alienación y despojo de la gran mayoría de los individuos, subordina a las personas al proceso de creación de riquezas y los somete a los intereses de una clase social cada vez más parasitaria. Se separan de forma extrema el trabajo del goce, despojando al primero de sus posibilidades como instrumento de objetivación de lo humano. El trabajo queda convertido en un medio de reproducción de la fuerza del trabajo. Desde el punto de vista ideológico se le identifica con el

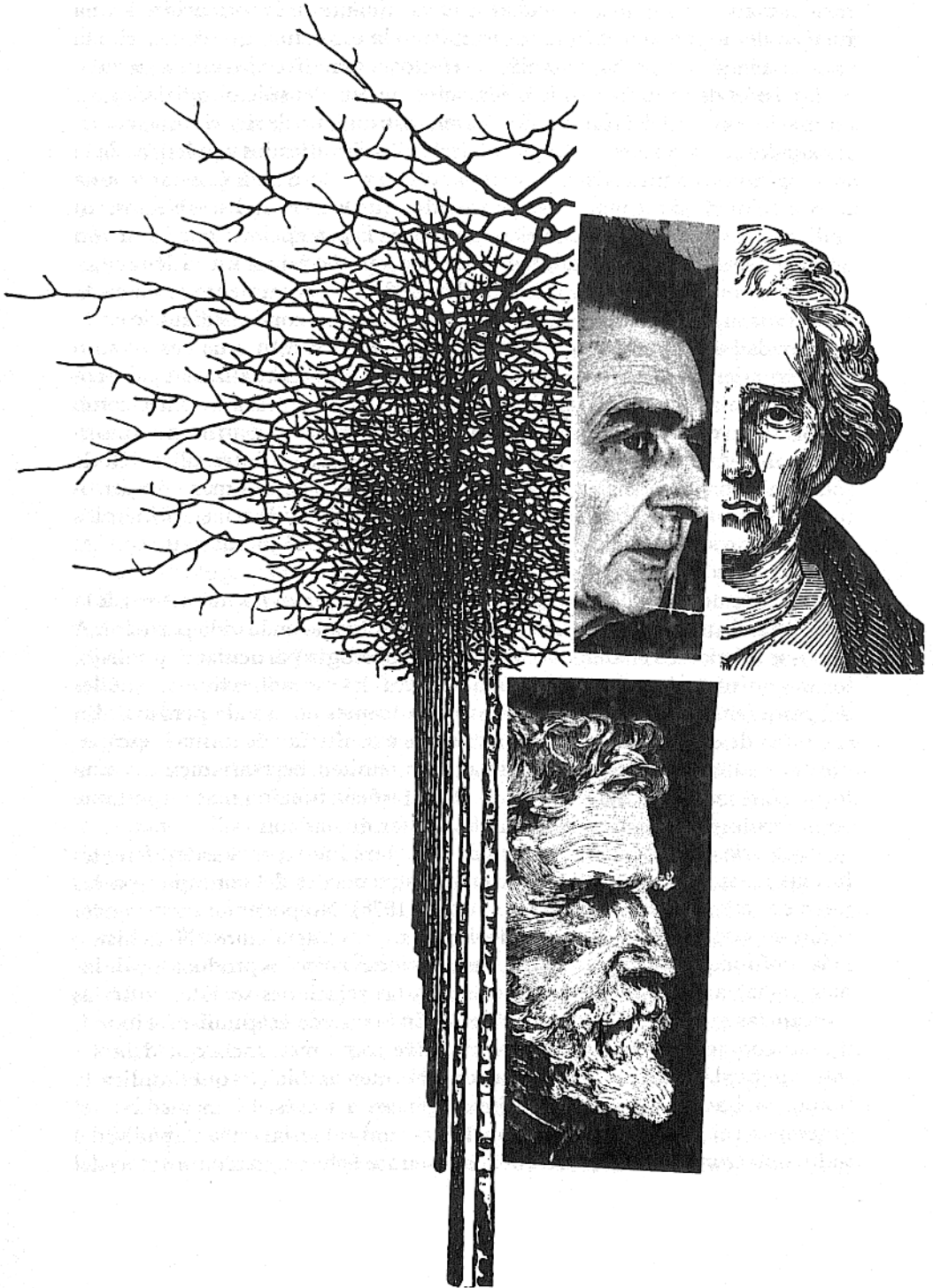
medio para la satisfacción de necesidades orgánicas.

Por esto se puede decir, sin jugar con las palabras, que el capitalismo es profundamente bestial, ya que en el umbral mismo de la hominización integral cuyas premisas crea, mantiene a masas de individuos en condiciones animales, para los que no existe la riqueza inagotable del patrimonio social. Se comprende que el complemento ideológico más natural del capitalismo sea una forma vulgar de materialismo biológico, al que las utopías espiritualistas agregan, mediante una contradicción inocente, el toque necesario de coartada y protesta ilusoria. (Sève, 1972:299).

Entre los trabajadores se crea el deseo por una vida mejor, con más tiempo para sí. Una vida en la que no haya que convertirse en bestia de carga para poder sobrevivir materialmente... Se produce también la necesidad del tiempo. La oposición entre las limitaciones de la individualidad y las posibilidades casi inagotables de desarrollo, la contradicción entre la capacidad para adueñarse del patrimonio humano y la alienación en el trabajo hacen que surja la necesidad del tiempo. Reclamar el tiempo para vivir, otra posición en la estructura social, otra "vida", es hacer la crítica entre actividad abstracta y posibilidad de desarrollo, es hacer la crítica de un modo de vida que exige el sacrificio de la vida personal concreta a la vida "social" abstracta y de esta última a las exigencias de la reproducción constante de todo el sistema. Al individuo le es imposible transformar libremente su empleo del tiempo como lo reclamaría el crecimiento de las capacidades o el deseo de desarrollar nuevas capacidades. Las relaciones sociales existentes imponen desde afuera una lógica objetiva del empleo del tiempo contra la cual la voluntad individual es por sí misma impotente.

La actividad humana es el eslabón entre el individuo, su conciencia y la sociedad. En la estructura social el individuo encuentra no sólo las condiciones externas antes las que debe adecuar su actividad, sino que estas condiciones sociales llevan en sí mismas los motivos y las metas de la actividad, los modos y los medios de su realización.

De manera que el sustrato material de la conciencia manifiesta dos vertientes básicas interrelacionadas. Por un lado, la vertiente que se traduce en los resultados objetivos del acto a través de las mediaciones sociales. Es decir, el producto del acto como condicionado por la estructura económica que caracteriza esa formación social. También, sin embargo, podemos hablar de la influencia de la actividad concreta, del gesto diario en el trabajo como determinante de la forma que adopta la conciencia. De acuerdo a Crain (1982), las investigaciones de Luria y Leontiev demuestran que desde el nacimiento, el infante a través de sus sentidos, participa activamente en su propio desarrollo. A través del uso de sus manos y ojos, por ejemplo, el infante comienza a orientarse en el mundo, a obtener información de este y a



contribuir en lo que será su esquema del mundo. Sostenemos que de la misma manera en que la actividad es determinante en la formación de una imagen del mundo en el infante, así mismo la estructura que caracteriza la cotidianeidad en el trabajo manifiesta efectos concretos en los estilos de vida, en la visión de mundo y en la orientación en éste del sujeto trabajador. El escenario concreto del trabajo sirve como instrumento de resocialización del trabajador, transmitiendo y reproduciendo los significados y prácticas de la ideología dominante. Estos arreglos cotidianos le dan a éste tanto una información de sí mismo, como de aquellos que le rodean. Estos efectos, sin embargo, tampoco son automáticos porque en la percepción y participación en la construcción de la realidad aparece como determinante el lenguaje.

Tal y como señala Silva de Bonilla (1981) el pensamiento se da en la praxis social, pero el "lenguaje se presenta como el recurso mediador entre la actividad de cada sujeto y la forma en la que éstos elevan a su pensamiento estas experiencias activas de las que participan al conceptualizarlas y simbolizarlas de maneras específicas". El pensamiento se presenta entonces como un proceso influenciado por las actividades del sujeto a partir de su inserción concreta en el modo de producción. No remite a internalización de índole alguna, sino a la producción y reproducción de la dimensión personal de la existencia. El lenguaje y el significado se convierten en principios organizadores y reguladores de la comunicación y de la praxis tanto con los otros como con uno mismo.

El modo de producción capitalista se adueña de todos los momentos de la biografía, de todas aquellas instancias de significado en la vida personal. A esto nos referíamos cuando hablamos de la ideología particular del trabajo, los mecanismos de control de la vida familiar, las escisiones fundamentales del psiquismo individual y las ideas mistificantes de la vida personal. En cada una de estas instancias o momentos se manifiestan de forma inescapable las contradicciones significativas que remiten necesariamente a una formación social injusta y opresiva. De ahí que la función más importante de la ideología hegemónica sea la de ocultar dichas contradicciones.

La teoría de la ideología concebida por Marx fue expresada de diferentes formas en sus trabajos. Las características esenciales del concepto son las ideas de reflexión e inversión (Lichtman, 1976). No podemos comprender cómo se producen las ilusiones ideológicas si no entendemos el fetichismo más profundo y fundamental: que las relaciones entre los productores de las mercancías aparecen ante sus ojos como las relaciones sociales entre las mercancías mismas (Lichtman, 1976:14). En la sociedad capitalista el individuo se convierte en objeto, su trabajo se ve como mercancía que debe ser intercambiada. Con su generalización del intercambio (lo que implica la homogeneización de elementos heterogéneos a través de un medio —el dinero, con el propósito de facilitar el intercambio) se separa la actividad del individuo (convertida en mercancía a la que se le ha asignado un valor) del

individuo mismo. El trabajo convertido en mercancía ha dejado de ser mecanismo de humanización y trascendencia. Al responder a las condiciones de dominación se convierte en mercancía, separándose sujeto-trabajador del objeto-trabajo. El trabajador no tiene poder para decidir, no posee control alguno sobre su actividad productiva y el objeto de su trabajo, en tanto externo, adquiere un poder enorme, fetichista. Lo humano se cosifica y los objetos se humanizan. El individuo se ve separado del producto de su acción y ese producto se ve como algo ajeno, extraño, con poder y vida propios. Los objetos se convierten en amos y los sujetos en esclavos. El momento subjetivo de la praxis ha sido reprimido como parte de la cosificación. El escenario del trabajo se convierte en escenario de relaciones entre mercancías.

Estas mercancías ejercen control sobre aquellos que las produjeron porque sus tasas de cambio, sus precios varían independientemente de la voluntad de los trabajadores (Lichtman, 1976). Las personas se perciben a sí mismas como dominadas por fuerzas externas porque de hecho dichas fuerzas son objetivas. Esta condición es percibida como inexorable, final, debido a la misma naturaleza de las cosas. Es este el secreto del fetichismo: la ilusión de permanencia. He ahí la inversión característica de la formación ideológica: el resultado del desarrollo de los medios de producción es despojado de su carácter histórico para ser convertido en algo eterno, inmóvil.

La ideología, sin embargo, no es una producción social que pueda ser absorbida de una vez y para siempre. El conocimiento de una realidad implica necesariamente un sujeto cognoscente y de día a día la ideología debe manifestar una lucha encarnizada por su reproducción y perpetuación (Córdova, 1976). Esta lucha debe darse en todos los frentes de la vida social. La ideología no es simplemente un cuerpo uniforme y monolítico de contenidos, implica además un conjunto de contenidos afectivos, actitudinales y prácticos y un cuerpo subyacente de reglas para la creación de las estructuras ideológicas. El contenido de las formaciones ideológicas puede y debe variar, debe flexibilizarse, adoptando la retórica de los dominados, transformando los elementos afectivos de los dominados en medios de opresión. Este conjunto subyacente de reglas representa una especie de sintaxis mediante la cual han de ir combinándose elementos dispersos del discurso y de la práctica. Estas reglas deben permanecer inalterables dada la función de la ideología: el mantenimiento y la reproducción de las relaciones sociales. El contenido de los mensajes ideológicos queda definido por las etapas de desarrollo del sistema capitalista, pero las reglas básicas para su construcción deben mantenerse inalterables. Se crean imágenes, patrones cognoscitivos, actitudes, sentimientos, conductas que magnifiquen unos aspectos de la realidad y oculten otros y que condicionen los supuestos que definen la calidad perceptiva de los actores sociales. En el presente es cada vez mayor la importancia de los mecanismos de control ideológico y esto tiende a dar una

respuesta parcial al problema de la pasividad aparente de los trabajadores, dado que se intenta ocultar las contradicciones implícitas en el sistema social.

En el mundo capitalista el dominio mediante la ideología no es jamás un dominio pacífico; implica la lucha permanente, la continua confrontación con los sistemas de ideas que de alguna manera se oponen al régimen dominante. En el fondo, lo que hace que una ideología sea dominante es su capacidad para llevar a cabo la lucha permanente con sus amigos y sus enemigos, y esto en todos los niveles y en todos los órdenes de la vida social, lo mismo en el ámbito de las relaciones de producción que en el de las instituciones intermedias y que en el Estado. (Córdova, p. 43).

Las características del trabajo son convertidas en características personales. Se impone la opresión y el control de las energías personales. Se reprime la dimensión erótica, afectiva y las capacidades para la fantasía y la creación (Kovel, 1977), fragmentándose al humano, siendo el producto la opacidad en sus relaciones consigo mismo.

Del cuadro que hemos presentado hasta aquí podría parecernos que los seres humanos no serán capaces de superar las determinaciones de la estructura social en la que se enmarcan. Como señala Wrong (1961):

...cuando examinamos las formas emergentes de organización, la personalidad que alegadamente se requiere para mantener la estabilidad política y económica, se corre el riesgo de sobreestimar el grado de consonancia entre la personalidad y la estructura social... pero podemos ver que dentro de esta estructura existe la base no sólo para la conformidad y la búsqueda inconsciente del placer instantáneo, sino también para el crecimiento de la reflexión y la conciencia crítica que puede mover a alguna gente hacia el re-examen de las expectativas sociales. (Wrong, 1961:313).

La expresión más nítida de la contradicción entre los contenidos ideológicos hegemónicos y las contradicciones inconscientes que se recogen en los individuos se manifiesta en el lenguaje. Silva de Bonilla (1981) sostiene que el discurso alienado recoge tanto el discurso dominante como las formas ocultas de significación. Este se refiere a "un proceso de doble inscripción del discurso de las clases sociales, merced al cual los mismos mensajes que comunican significaciones dominantes, remiten simultáneamente, de forma dialéctica al cuestionamiento históricamente elaborado de las realidades de dominación y explotación". Las contradicciones en las esferas sociales y personales se traducen en formas ocultas de significación frente a las codificaciones de la ideología hegemónica. La tensión entre ambos es muchas veces evidente, pudiendo palpase la lucha por la manifestación de

los primeros.

De acuerdo a Crain (1972), también Leontiev (1982), demuestra que la conciencia manifiesta una doble vertiente. Una de las mismas se deriva de la actividad y de los significados que han sido social e históricamente desarrollados, mientras que la otra vertiente se deriva de la actividad propia del individuo. De forma tal que la conciencia refleja tanto significados sociales objetivos como significados personales subjetivos los que no necesariamente han debido ser codificados.

En una sociedad fundamentada en divisiones de clase, las dos vertientes de la conciencia se vuelven cada vez más divergentes. La contradicción puede ser de tal grado que no sea posible codificar esas formas ocultas de significación porque no se encuentra el espacio o la forma objetiva que los pueda expresar. Las posibilidades de ruptura con los significados e ideologías hegemónicas depende para su reproducción de su capacidad para absorber las contradicciones no articuladas, las formas ocultas de significación un esquema organizativo y explicativo único. En la medida en que puedan nombrarse y ampliarse las contradicciones, en la medida en que pueden destruirse los puentes ideológicos, será posible la creación de una ideología alterna.

REFERENCIAS

- Adams, E. 1977. "An Investigation on the Influence of Job Level and Functional Specialty on Job Attitudes Perceptions", *Journal of Applied Psychology*, 62(3), 335-343.
- Adlam, D. 1977. "Psychology, Ideology and the Human Subject", *Ideology and Consciousness*. May; 1:5-56.
- Alt, J. 1975. "Work, Culture and Crisis: a Reply to Zerzan and Looman", *Telos*, 23, Spring, 168-182.
- Archibald, P. 1978. *Social Psychology as Political Economy*. Montreal, McGraw Hill.
- Aune, G. 1977. "A Study of the Job Satisfaction and Job Perception of Organized and Non-organized Public School Principals", *Disertación no publicada*, The University of Michigan.
- Baxandall, R., Ewen, E. y Gordon, L. 1976. "The Working Class has Two Sexes", *Monthly Review*, 28.
- Berger, P. 1975. *The Homeless Mind*. New York: Vintage Books.
- Berheide, C. 1976. "An Empirical Consideration of the Meaning of Work and Leisure: The Case of Household Work". *Disertación no publicada*, Northwestern University.
- Biddle, D. y Hutton, G. 1976. "Toward a Tolerance Theory on Worker Adaptation", *Human Relations*, 29(9); September, 833-862.
- Bowles, S. y Gintis, H. 1975. "Class Power and Alienated Labor". *Monthly Review*, March, 9-25.
- Bramel, D. y Friend, R. 1981. "Hawthorne, the Myth of the Docile Worker and Class Bias in Psychology". *American Psychologist*, 36, 867-879.
- Braverman, H. *Labor and Monopoly Capital: the Degradation of Work in the 20th Century*. New York: Monthly Review Press, 1974.
- Bousley, G. 1977. "Role Image, Role Behavior and Job Satisfaction Associated with the Secretarial Occupation". *Disertación no publicada*, Southern Illinois University at Carbondale.
- Brown, G. 1977. *Sabotage: a Study in Industrial Conflict*. Lottingham, England; Spokesman Press, 1977.
- Buss, A.A. 1977. *A Dialectical Psychology*. New York: Irvington Publishers, Inc., 1977.
- Butler, J. 1977. "Some Effects of Role Value Congruence on Job Satisfaction". *Disertación no publicada*. Florida State University, 1977.
- Campos, R. y Bonilla, F. 1976. "Industrialization and its Effects on the Puerto Rican Working Class". *Latin American Perspectives*, 3(3), Summer, 98-105.
- Caveing, M. 1971. "El marxismo y la personalidad humana" en *Filosofía y Marxismo*, Piaget y Ricouer (eds.), Buenos Aires: Amorrortu, 122-156.
- Conkly, E. 1977. "Determinants and Consequences of Differing Job Definitions by High School Principals". *Disertación no publicada*. Cornell University.
- Cohn, R. 1977. "The Consequences of Unemployment on Evaluation of Self". *Disertación no publicada*, The University of Michigan.
- Córdova, A. 1976. "Política e ideología dominante". *Cuadernos Políticos*, 10: octubre-diciembre, 33-43.

- Crain, I. 1982. "A Marxist Approach to the Human Mind". *Political Affairs*, 60(11) November, 4-11.
- Cromwell, R. 1980. "A Lighter Shade of Pink". *Financial Times*; February 27.
- Díaz-Royo, A. 1979. "La psicología en Puerto Rico: Reflexiones sobre una herencia y una crisis". *Crisis y Crítica de las Ciencias Sociales en Puerto Rico*. Río Piedras: Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico.
- Dohrenwend, P. y Dohrenwend, B. 1969. *Social Status and Psychological Disorder*. New York: John Wiley and Sons, 1969.
- Dreher, G. 1977. "Determinants of Pay Satisfaction: A Discrepancy Model Evaluation". *Disertación no publicada*. University of Houston, 1977.
- Dubin, R. and Champoux, J. 1977. "Central Life Interests and Work Satisfaction". *Organizational Behavior and Human Performance*, 18.
- Ehrenreich, B. and English, D. 1978. *For Her Own Good: 150 Years of the Experts Advice to Women*. New York: Anchor Press.
- Ehrensaft, D. 1980. "When Women and Men Mother". *Socialist Review*, 10(1).
- Engels, F. 1974. "Introducción a *Trabajo asalariado y Capital*". México: Biblioteca Marx-Engels; Ediciones Cultura Popular.
- Ewen, S. 1976. *Captains of Consciousness*. New York: McGraw Hill.
- Feldberg, R. y Kohen, J. 1976. "Family Life in an Anti-Family Setting: A Critique of Marriage and Divorce". *Family Coordinator*. April.
- Gadlin, H. 1977. "Scars and Emblems: Paradoxes of American Family Life". *Journal of Social History*.
- Gaschler, M. 1977. "Present and Future Aspects of the Disparity between Work Expectations and Work Realities". *Disertación no publicada*, University of Utah.
- Glaser, E. 1976. *Productivity Gains through Life Improvement*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Harris, A. 1980. *Broken Promises*. Documento inédito; Agosto.
- Henderson, J., Cohen, R. 1979. "Capital and the Work Ethic". *Monthly Review*; November, 11-26.
- Hoggart, R. 1958. *The Uses of Literacy*. Harmondsworth, England: Penguin Books.
- Hunt, J. y Hunt, L. 1977. "Dilemmas and Contradictions of Status: The Case of the Dual-Career Family". *Social Problems*, 24(4); 407-416.
- Hunt, S. 1977. "Relationships between Meanings of Work and Meaning of Leisure". *Disertación no publicada*, University of Georgia.
- Jahod, M. 1981. "Work, Employment and Unemployment: Values, Theories and Approaches in Social Research". *American Psychologist*: 184-192.
- Kaplan, H. 1971. "Social Class and Self Derogation: A Conditional Relationship". *Sociometry*. 34; 41-64.
- Kazonas, H. y Morrison, R. "Relationship of Personality Traits and the Meaning and the Value of Work for Junior College Students", *Journal of College Student Personnel*. 18(6); 486-490.
- Kettering, M. 1977. "Segregation and Job Satisfaction". *Dissertation Abstracts*. (nov) 38.SA 3090.
- Keeley, H. 1960. "Communication in experimentally created hierarchies". *Group Dynamics*. Cartwright y Zanders (eds.); New York: Harper and Row.
- Knowles, B. 1977. "The Role of Work in Adolescent Personality Development and Individual Functioning", *Disertación no publicada*. University of Colorado.
- Kohn, M. 1976. "Occupational Structure and Alienation", *American Journal of Sociology*:82.
- _____. 1968. "Social Class and Schizophrenia: A Critical Review". *Journal of Psychiatric Research*. 6 (Supplement 1):153-173.

- Kornhauser, A. 1965. *The Mental Health of the Industrial Worker*. New York: John Wiley and Sons.
- Kovel, J. 1976-77. "Therapy in Late Capitalism". *Telos*: 301, 73-92.
- _____. 1980. *Comunicación Personal*. Septiembre.
- Kramer, Y. 1977. "Job Compulsion: A Psychoanalytic Study". *Psychoanalytic Quarterly*, 46(3): 261-385.
- Kuiper, S. 1977. "Work Values and Problem Perceptions of Young Married Women in Clerical Occupations". *Disertación no publicada*. Indiana University.
- Kumar, K. 1978. *Prophecy and Progress: The Sociology of Industrial and Post-Industrial Society*. London: Allen Lane.
- Larouche, V. y Berzile, B. "Motivation for Work". *Revista de Psicología General y Aplicada*. (January-February) 31(138):35-49.
- Lasch, C. 1979. *The Culture of Narcissism*. New York: W.W. Norton and Co.
- Lawler, E. 1975. "An Experimental Study of Factors Affecting the Mobilization of Revolutionary Coalitions". *Sociometry*. 38:163-179.
- Litchman, R. 1976. "La teoría de la ideología en Marx". *Cuadernos Políticos*, 10, octubre-diciembre:33-43.
- Long, R. 1978. "The Effects of Employee Ownership on Organizational Identification Employee Job Attitudes and Organizational Performance: A Tentative Framework". *Human Relations*, 31(1) 29-48.
- López, E. 1977. "Job Satisfaction and Need Importance: Race, Sex and Occupational Group". *Disertación no publicada*. Stevens Institute for Technology.
- López-Garriga, M. y Garriga Picó, J. 1980. "La psicología del trabajo: pasado y futuro". *Homines*. abril.
- López-Garriga, M. "Hacia una reorientación de la Psicología Social: después de la crisis". En *Psicología Social: Teoría y Práctica*. Zuñiga y López Garriga (eds.) Editorial Universitaria (en proceso).
- Lukacs, G. 1968. *History and Class Consciousness*. Cambridge: MIT Press.
- Macke, A. 1976. "Family Role Definitions as Determinants of Labor Force Behavior". *Disertación no publicada*, Indiana University.
- Mandel, E. 1973. "Teoría del valor y de la plusvalía". *Introducción a la Teoría Económica Marxista*. México: Ediciones Cultura.
- Marx, K. 1975. "El método en la economía política". *El método en la economía política*. México: Ediciones Grijalbo.
- _____. 1977. *Manuscritos económicos y filosóficos*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. 1974. *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- _____. 1963. *Trabajo asalariado y Capital*. México: Biblioteca Marx-Engels.
- Milgram, S. 1963. "Behavioral Study of Obedience". *Journal of Abnormal Psychology*. 67:371-378.
- Miliken, W. 1977. "Relationship of Work Values to Job Satisfaction in the Maryland Cooperative Extension Services". *Disertación no publicada*. University of Maryland.
- Mistry, F.A. 1977. "A Comparison of Medical Technology Students and Professional Medical Technologist in Terms of Work Values and Personality Orientation". *Disertación no publicada*. Texas A and M University.
- Morgan, J. 1977. "Factors Determining the Job Satisfaction/Dissatisfactions of Secondary School Counselors". *Disertación no publicada*. University of Missouri.
- Motamedi, K. 1974. "The Interrelationships of Need for Achievement, Organizational Climate, and Management Objectives and their Effects on Managerial

- Work Satisfaction". *Disertación no publicada*. University of California.
- Mount, M. 1977. "Person-Environment Congruence, Employee Job Satisfaction and Tenure: A Test of Holland Theory". *Disertación no publicada*. Iowa State University.
- Mueller, C. 1972. "Notes on the Repression of Communicative Behavior". *Recent Sociology No. 2*, Dreitzel (ed.), New York: Macmillan.
- Mullen, P. 1976. "The Self Concept and Meaning and Value of Work of Vocational and Academic High School Seniors". *Disertación no publicada*, University of Missouri.
- Nazzari, M. 1980. "The Significance of Present Day Changes in the Institution of Marriage". *Review of Radical Political Economy*. 12(2).
- Nevas, S. 1977. "The Development and Assessment of a Model for the Definition of Work Itself Satisfaction". *Disertación no publicada*. Columbia University.
- Oldham, G. 1976. "Job Characteristics and Internal Motivation: The Moderating Effect of Interpersonal and Individual Variables". *Human Relations*. 29(6):559-569.
- Oldham, G., Hackman, J. and Pierce, J. 1976. "Conditions under which Employees Respond Positively to Enriched Work". *Journal of Applied Psychology*. 61(4):395-403.
- Payton-Migasaki, A. and Brayfield, A. 1974. "The Good Job and the Good Life: Measuring Work Quality". Capítulo en *Social Reporting*. New York: Free Press, pp. 125-149.
- Pearlin, L. and Kohn, M. 1966. "Social Class, Occupational and Parental Values: A Cross-National Study. *American Sociologist Review*, 31:466-479.
- Perrault, C. 1976. "El trabajo en cadena en la era post-industrial". *Revista de Psicología General y Aplicada*. 31(139):203-210.
- Perrault, P. 1976. "La tardanza en llegar al trabajo como criterio para medir la aptitud del trabajador hacia la coherencia de grupo". *Revista de Psicología General y Aplicada*. 31(138):17-24.
- Phaoke, M. y Kulkarni, A. 1977. "Field Dependence-Independence and Employed-Not Employed as Factors in Adjustment of Housewives". *Indian Journal of Psychology*. 52(1):85-91.
- Piotrkowski, C. 1979. *Work and the Family System*. New York: Free Press.
- Rapp, R. 1977-78. "Family and Class in Contemporary America: Notes Toward an Understanding of Ideology". *Science and Society*, 42(3).
- Rim, Y. 1977. "Significance of Work and Personality". *Journal of Work and Personality*, 50(2):135-138.
- Roman, P. and Trice, H. 1967. *Schizophrenia and the Poor*. New York: State School of Industrial and Labor Relations.
- Rousseau, D. 1978. "Measures of Technology as Predictors of Employee Attitude". *Journal of Applied Psychology*. 63(2):213-218.
- Rowbotham, S. 1972. *Women's Consciousness in Man's World*. Boston: Pelican.
- Rubin, L. 1976. *Worlds of Pain*. New York: Basic Books.
- Saal, F. 1976. "Job Involvement: Some Theoretical and Practical Considerations". *Disertación no publicada*. Pennsylvania State University.
- Sarason, S. 1977. *Work, Aging and Social Change*. New York: Free Press.
- Schaff, A. 1970. *Marxism and the Human Individual*. New York: Mcgraw Hill.
- Schesta, J. 1975. "Leisure: Compensation for Job Dissatisfaction". *Disertación no publicada*. University of Missouri.
- Schlitching, H. 1976. "The Self-Concept, Meaning and Value of Work of the Incar-

- cerated male". *Disertación no publicada*, University of Missouri.
- Séve, L. 1972. *Marxismo y teoría de personalidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Seybolt, J. 1976. "Work Satisfaction as a Function of the Person-Environment Interaction". *Organizational Behavior and Human Performance*. 17:66-75.
- Sennett, R. and Cobb, T. 1972. *The Hidden Injuries of Class*. New York: Knopf.
- Shames, C. 1981. "The Scientific Humanism of Lucien Séve". *Science and Society*: 1-23.
- Sheppard, H. and Herrick, N. 1972. *Where have all the Robots gone?* New York: Free Press.
- Shrey, D. 1976. "Vocational Satisfaction, Success and Stability: A Comparative Study of Male and Female Non-Professional Workers". *Disertación no publicada*. Syracuse University.
- Silva de Bonilla, R. 1981. "Amas de casa en la fuerza de trabajo asalariada en Puerto Rico: un estudio del lenguaje como mediación ideológica en la reificación de la conciencia femenina". *Tesis doctoral*, Union Graduate School.
- Smith, E. 1977. "Work Attitudes and the Job Satisfaction of Black Workers". *Vocational Guidance Quarterly*, 25(3):252-263.
- Sugimon, Y., Kusunoki, K., Cho, F. and Uchikawa, S. 1977. "Toyota Production Systems and Kankon System: Materialization of Just-in-Time and Respect-for Human System". *International Journal of Production Research*, 15(6): 553-564.
- Taylor, J. 1977. "Job Satisfaction and the Quality of Working Life: A Reassessment". *Journal of Occupational Psychology*, 50(4), 243-253.
- Thomas, J. 1977. "An Applications of Herzberg Two-Factor Theory of Job Attitudes to Selectes Community College Administrative Roles". *Disertación no publicada*. University of Florida.
- Thompson, T. 1976, 1977. "Time, Work-Discipline in Industrial Capitalism". *Past and Present*, 38.
- Thorson, J. 1977. "Sociological and Leisure Correlates of Life Satisfaction among Retired Men and Women". *Disertación no publicada*, University of Berkely.
- Tripp, R. 1976. "A Study of Potential Benefors of Flexible Working Hours for White Collar Employees at a State University". *Disertación no publicada*. University of Oklahoma.
- Wagner, F. 1976. "The Congruence of Job Design, Personality Variables, and the Work System Design: Implications for Productivity and the Quality of Working Life". *Disertación no publicada*.
- Weaver, C. 1978. "Black-White Correlates of Job Satisfaction". *Journal of Applied Psychology*, 63(2), 255-258.
- Weimbaum, B & Bridge, A. 1976. "The Other Side of the Paycheck: Monopoly Capital and the Structure of Consumption". *Monthly Review*: 78-98.
- Weinroth, E.D. 1977. "Motivation, Job Satisfaction and Career Aspiration of Married, Women Teachers at Different Career Stages". *Disertación no publicada*. The American University.
- White, S. 1977. "The Felt Meaning of Work: An Experimental Analysis". *Disertación no publicada*. Harvard University.
- Wilmott, P. and Young, M. 1968. *Family and Class in a London Suburb*. Harmondsworth, England: Penguin.
- Wrightsman, L. 1972. *Social Psychology in the 70's*. California: Brooks/Cole.
- Wrong, D. 1961. "The Oversocialized Conception of Man". *American Journal of Sociology*:12-15.
- Zaretsky, E. s.f. "Economic Crisis and its Effects on the Family". *Lectura poli-copiada*.

. 1976. *Familia y vida personal en el capitalismo*. Madrid: Anagrama.
Zúñiga, R. 1981. "On Social Activation: A Psychosocial Perspective. *Documento no publicado*, Universidad de Montreal.

RESUMEN

Este artículo intenta retomar el problema del trabajo como eje central en la formación del sujeto. Se han examinado algunos aspectos de la literatura socio-psicológica para concluir que ella distorsiona y minimiza el impacto del trabajo en la subjetividad humana. La psicología reduce su esfuerzo a desarrollar variables y categorías que sirven principalmente a los fines de desarrollar una tipología y nosología de la fuerza trabajadora.

Las autoras se proponen presentar una visión dentro de la cual el trabajo moldea las formas de conciencia y determina en gran medida las formas de la subjetividad y propone como agenda el estudio de la misma desde una reconocer, al interior de un discurso que vocea los intereses de la clase que oprime, los elementos de resistencia. Queda como interrogante la preocupación sobre cómo separar los elementos alienantes de los elementos de resistencia en la cultura y expresiones de la clase trabajadora.

El artículo presenta además, una reflexión breve sobre la formación de la subjetividad y propone como agenda el estudio de la misma desde una perspectiva materialista.

ABSTRACT

The authors try to bring back the problem of work as the central core in the formation of the individual. Some aspects of socio-psychological literature have been examined to finally conclude that it distorts and minimizes the impact of work on human subjectivity. Efforts in psychology are reduced to develop variables and categories which serve mainly to develop a typology and nosology of the working force. On the other hand, the authors try to present a conception of work as forming the shape of consciousness and greatly determining the ways of subjectivity available to the working class. The goal of this essay is to identify in a discourse which expresses the interests of the hegemonic class, those elements of resistance. A question remains concerning how to separate the alienating elements from the resistance elements in the culture and expressions of the working class. The article also presents some considerations concerning the development of subjectivity, and proposes its study from a materialistic point of view.